



P

3264

B.P. de Soria



61096862  
D-2 17587

D-2  
A 7587  
95862



TRIFIODORO Y VIRGILIO

STANFORD UNIVERSITY LIBRARY

~~No 7281~~

11  
314

B<sup>o</sup> 603

EL POEMA DE TRIFIODORO LA  
TOMA DE ILION Y EL LI-  
BRO SEGUNDO DE LA ENEI-  
DA DE VIRGILIO PUESTOS EN VERSO CAS-  
TELLANO POR MIGUEL JIMÉNEZ AQUINO y  
*precedidos de un estudio acerca de la relación literaria entre*  
*ambos POETAS y de la génesis de la leyenda de ENEAS*



BIBLIOTECA  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
SORIA

BIBLIOTECA GRECOLATINA







A Miguel Jiménez Aquino

Mañanós.



BIBLIOTECA  
DEL  
INSTITUTO PROVINCIAL  
SORIA



# TRIFIODORO, VIRGILIO Y EL SITIO DE TROYA

## ESTUDIO PRELIMINAR

*A mi ilustre paisana Carmen de Burgos, insigne novelista, y al cultísimo Claustro de la Escuela Normal de Maestras de Madrid, en cuya Sala de Actos leí el 12 de Mayo de 1922 una conferencia, de la que es ampliación el presente trabajo.*

### I

#### ANTECEDENTES DE LA «ENEIDA»

**A**MABLE lector: Quisiera yo ofrendarte, en el presente estudio acerca del poeta Trifiodoro, aquello de que es símbolo y emblema el nombre, un tanto extraño, del antiquísimo escritor; porque Trifiodoro significa algo así como obsequio delicado, y, ¿qué podría yo desear mejor sino que te supiera a cosa delicada este presente mío, y que en él hallaras todas las suavidades y dulzuras a que yo aspiro, para satisfacer tus ansias de cultura y de arte?

Es mi propósito vindicar la fama de un escritor

que, durante muchos años, que forman siglos, viene sufriendo una condena injusta. Un juez indocto falló contra él sin examen de pruebas, y desde entonces, en libros y cátedras, se viene repitiendo la misma sentencia con autoridad de cosa juzgada, sin que nadie pida la revisión del malaventurado proceso.

El poema cumbre de la literatura romana, la *Eneida*, muestra en sí el esplendor del imperio de Augusto en el siglo de oro de Roma. Es la obra de un poeta, y es asimismo la obra de la sociedad entera que rodeó a este poeta. Así sucede con todos los frutos del ingenio que nacen destinados a perdurar en los siglos.

Canta Virgilio en su obra fabulosos orígenes de su patria. Pudo elegir para ello diferentes leyendas y tradiciones populares de los siglos primeros de Roma. Pudo partir de la fábula que señalaba origen divino a Rómulo y Remo dentro del territorio en que había de asentarse la antigua capital del mundo. Sin embargo, prefirió, siguiendo a los griegos, enlazar la historia de Roma con una historia de nobleza antigua; prefirió dar a los romanos progenitores extranjeros y fundir dos razas en una, sabedor ya, como poeta o adivino, de lo que ganan en salud y fuerza los pueblos procedentes del cruce de razas separadas por los accidentes geográficos y climatológicos.

Las obras del ingenio no son productos espontáneos del magín de un autor; todas ellas tienen padre y madre; no nacen armadas de la cabeza del padre Zeus, sino de la Naturaleza fecundada por un

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

Dios. La Naturaleza que fecundó el padre Virgilio se componía de tradiciones corrientes en sus días, que además de ir de boca en boca del vulgo, habían sido antes aprovechadas por otros escritores y poetas. La leyenda de los orígenes troyanos de Roma, dice Renato Pichon en un reciente libro, quizás fué inventada por los gramáticos griegos que ejercían su profesión en Roma, queriendo con ello halagar el amor propio de sus dominadores mediante la creación de una ilustre genealogía.

La epopeya de Nevio, dos siglos anterior a la de Virgilio, perdida para nosotros, remontaba hasta los orígenes de Roma y Cartago: Anquises, Eneas, Dido y su hermana Ana aparecen ya en ese poema, cuyo objeto principal era contar la primera guerra púnica. Una tragedia pretexto de Accio, asociaba, un siglo después, el prestigioso recuerdo de la leyenda troyana a las realidades de la historia de Roma, llamando Enéades a los insignes Decios para expresar que eran los verdaderos representantes del genio de la raza.

Ennio, por su parte, hace establecerse a Eneas en Italia y le da por hija a Ilia, aquella vestal seducida luego por el dios Marte, que la hizo madre de Rómulo y Remo. Así, dos siglos antes de Virgilio, Eneas era reconocido como el padre de la nación romana. Pero, ¿quién era Eneas?

Once veces se le menciona en la *Iliada* de Homero; pero hasta una de las últimas rapsodias (la XX) no se nos da su genealogía. La dice él mismo en un largo parlamento que dirige a Aquiles antes del singular combate que tiene con éste. Sólo por el hecho

de medir sus armas con el hijo de Tetis y Peleo, se comprende toda la importancia de Eneas.

En efecto, Eneas es hijo de una diosa; no diosa de un árbol, ni de una fuente, ni tampoco ninfa del mar; lo es de la misma diosa Afrodita, nacida de la sangre viril del cielo y de la frágil espuma de los mares; de aquella diosa que preside a la Belleza y al Amor. El padre de Eneas es un hombre. Se llama Anquises y es mortal; pero desciende de Dárdano, hijo de Zeus, y lleva, por tanto, sangre de dioses. Uno de sus abuelos es Tros, el fundador de Troya, y está emparentado, por tanto, con Príamo, el último rey de esta ciudad.

El nacimiento de Eneas se debe a un capricho de amor. Afrodita ve a Anquises pastoreando en el monte Ida y siente por él... Pero digámoslo con las palabras del Himno homérico:

Quando la diosa del amor risueña  
lo vió, quedó prendada, y un impulso  
de ofrecerse al mortal tuvo. Afrodita  
el camino de Chipre entonces toma,  
y en el templo odorífero penetra  
de Pafos. Tiene allí sagrado bosque  
y arde el incienso en el altar. Ya dentro,  
las puertas cerró espléndidas. Las Gracias  
la ayudan a bañar. Su cuerpo ungen  
del óleo de los dioses inmortales,  
perfumado y sutil, que siempre tienen  
para ella preparado. Y revestida  
de bellas ropas ya, que al cuerpo ciñe,  
de oro adornada, la risueña diosa

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

va a Troya con su amor, abandonando  
la perfumada Chipre, y entre nubes  
altas haciendo rápido camino.  
Llega al Ida, surcado de arroyuelos,  
semillero de fieras, y al establo  
recta va de las breñas por encima.  
Y de ella en pos aduladores vienen  
los canos lobos, los ceñudos leones,  
las osas, los leopardos insaciables  
de la carne de ciervo; y al mirarlos,  
regocijada el alma de la diosa  
en lo profundo de su ser, en todos  
infundió el apetito de los goces.  
Y todos a la vez, y por parejas,  
buscaron los umbrosos vericuetos.

Homero ha suministrado a Virgilio el fondo de su poema la *Eneida*, en el que hay fundidas una *Odissea* y una *Ilíada*; pero para las partes del ciclo troiano que no están contenidas en estos poemas, Virgilio ha tomado, de poetas cíclicos, continuadores de Homero, de poetas trágicos y de eruditos de épocas posteriores, muchos elementos que adornan su *Eneida*. Especialmente para el segundo libro, en que refiere la caída de Troya; se ha servido del poema de Trifiodoro *La toma de Ilíon*, objeto de este libro.

## II

### ¿QUIÉN FUÉ TRIFIODORO Y CUÁL SU ÉPOCA?

**P**ERO, ante todo, es menester aclarar quién fué Trifiodoro, poeta desconocido hoy, aunque debió estar muy en predicamento en la época en que se escribió la *Eneida*. Hoy es muy difícil encontrar quién lo haya leído, ni aun siquiera en la traducción latina de la edición Didot, de París. No hay, desde luego, de él versiones castellanas, y son raras las hechas en otros idiomas. Los gramáticos y autores de historia literaria han clasificado mal a este poeta, y le han colocado al lado de Coluto, en los siglos III o IV después de Jesucristo. Algunos, más discretos o mejores observadores, han comprendido que su época es bastante anterior.

¿Dónde ha aprendido usted que Trifiodoro fué anterior a Virgilio?—preguntaba yo a un amigo, gran humanista, que el día anterior me había confesado no saber nada de Trifiodoro, si se exceptuaba su existencia como poeta.

Mi amigo es hombre que tiene una sordera muy pronunciada, y para entenderme con él mejor en algún sitio público, donde es molesto hablar a gritos, suelo coger papel y lápiz y hablamos por escrito, cediéndonos alternativamente el lápiz y el pa-

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

pel. Esta circunstancia me permite, lector amado, darte a continuación una copia de nuestra conversación de aquel día, que no deja de ofrecer interés. Hela aquí:

«Yo.—¿Dónde ha aprendido usted que fué anterior a Virgilio?

*El humanista.*—En un tomito publicado en francés por Falconnet, con el título de *Petits poèmes grecs*. En él va, entre otros, el de la *Destrucción de Troya*, y se han perdido las Maratónicas, Hippodamia y la Odisea lipogramática.

Según Suidas, era Tryphiodoro egipcio, como llamaban entonces a los de Alejandría. Era gramático y poeta de la decadencia griega (el siglo de oro, como usted sabe, fué el v precristiano). Como poeta, valía poco: lo mejor, en el único poemita suyo (680 versos o 681) que poseemos, es el episodio de la entrevista de Venus, disfrazada de vieja troyana, con Helena, a quien descubre las tretas de los Griegos para apoderarse de Troya, y le dice que en el vientre del caballo de madera viene Menelao; tras de lo cual Helena se arrima a ese *clavileño* hueco, e induce, con sus palabras dulces, a que se vayan con sus respectivas griegas.

Esto lo utilizó Virgilio, si mal no recuerdo, en el libro II de la *Eneida*, claro que mejorándolo infinitamente (\*).

---

(\*) Mi interlocutor recordaba mal (cosa bien extraña en su prodigiosa memoria); Virgilio no utiliza este episodio en su poema, ni habla nada de él. Es quizá lo único que desdeña de su proveedor de noticias.

Se sabe, según los más modernos y enterados críticos y tratadistas, que Virgilio se valió mucho más de los poetas alejandrinos que de Homero, hasta el punto de que se ha hecho esta apreciación: «La *Eneida* no procede de la *Ilíada*, sino de los Alejandrinos decadentes.»

Esto que le digo no lo dice Falconnet. Este utiliza la versión francesa de Allut, en sus *Melanges*.

Yo.—¿Sabe usted dónde hallar la obra de Allut o la de Falconnet?

*El humanista*.—En la Biblioteca Municipal, sobre la mesa en que trabaja Manuel Machado, y donde hay varios libros procedentes del donativo espléndido de Ricardo Fuente, director del Establecimiento. Creo que esté ese tomito no sólo sin catalogar, sino hasta sin registrar todavía. Las horas en esa Biblioteca—plaza del Dos de Mayo—son de diez a dos.

Yo.—(Apretando la pluma, con gran convicción y algo de vehemencia.)—He comprobado las noticias que corren sobre ese autor en las propias fuentes de las mismas, Hesiquio, Suidas, Eustacio, etc., y este examen es el que me ha convencido de que Trifodoro es de la Escuela Alejandrina, y pudo ser utilizado por Virgilio, aunque los gramáticos antedichos y otros posteriores le han asignado una época (la de Coluto) en que hacía siglos que Virgilio había muerto. Tengo, además, la fundada sospecha de que el Trifodoro de la *Caída de Troya* es otro distinto del de la *Odisea lipogramática*.

Aunque de esta *Odisea* sólo se conoce el pueril empeño de su autor de escribir cada canto con su-

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

presión de una letra del alfabeto, el justo menosprecio que merece al verdadero arte esta clase de ejercicios literarios ha sido la causa de que se desconsidere, sin estudiarla, la labor conocida del gran poeta Trifiodoro el Egipcio.»

Aquí terminó mi conversación escrita con el docto humanista, y ahora paso a exponer el resultado de mis estudios.

Según el testimonio del lexicógrafo Suidas, del siglo x o del xi de nuestra era, Trifiodoro era un egipcio, que escribió obras literarias. De éstas, que fueron poemas heroicos, hace una somera relación de títulos el mencionado Suidas: «las Maratónicas, la expugnación de Troya y su destrucción, las cosas que a Hipodamia sucedieron, o sea De Hippodamia, la Odisea lipogramática, que es un poema de los trabajos de Ulises y de las cosas todas que fabulosamente de él se cuentan y otras.»

La obra de Suidas es un léxico o diccionario alfabético histórico y biográfico, en que aparecen mencionados numerosos poetas, oradores e historiadores de la antigüedad, cuyos nombres se hubieran perdido sin la diligencia en recordarlos del lexicógrafo, pero que está desnudo de toda crítica, falto de datos, de lugares y tiempo, así como de gusto. De este libro no puede hacerse más que un uso prudente, con tanto mayor motivo cuanto que el texto ha pasado por muchas manos de ignorantes copistas.

Pero ¿hay dos Trifiodoros? Da motivo a sospechar esta dualidad el hecho de que en el léxico de Suidas, inmediatamente detrás del Trifiodoro que he-

mos mencionado, con los poemas que Suidas le atribuye, viene otro Trifiodoro, en otro epígrafe con iguales letras escrito, y a continuación se lee: «Trifiodoro escribió varias obras en verso, Paráfrasis de las semejanzas de Homero, y otras muchas.» Reforzamos nuestra sospecha al advertir que Suidas distingue al primer Trifiodoro con los calificativos de egipcio y gramático, y al segundo lo deja mondo y lirondo con su solo nombre de Trifiodoro.

No es Suidas el único gramático en que encontramos referencias de este poeta. Próximamente un siglo después del de Suidas, en el XII, un gramático y retórico griego llamado Eustacio, que había sido primero monje de San Floro, luego obispo de Myra, y últimamente arzobispo de Tesalónica, escribió unos comentarios de gran erudición sobre la *Iliada* y la *Odisea*, y en los lugares oportunos menciona un Trifiodoro (Trifiodoro a secas, sin patronímico ni apelativo) como autor de una *Odisea* lipogramática, y como autor de una *Destrucción de Troya*. Pero sin más datos. Lo leyó en Suidas, y lo apuntó tomando lo que le interesaba para sus notas eruditas de aquel Trifiodoro egipcio que había tenido que ver con *Iliadas* y con *Odiseas*. Y en lugar de añadir algo de propia investigación que completase la figura, le quitó lo de que era egipcio, volviendo a quedar así confundido este poeta con aquel otro Trifiodoro de que Suidas le quiso distinguir.

Otro gramático del mismo siglo XII, contemporáneo, por tanto, del Obispo Eustacio, menciona a Trifiodoro. Se llamó aquél Juan Tzetzes, y había

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

nacido en Constantinopla de una familia de origen basco. Sangre ibérica corría por sus venas, y es muy agradable para mí haber encontrado en obra de este español ilustre un indicio, aunque vago, de la época a que debió de pertenecer Trifiodoro. Educado por los más eminentes sabios de Constantinopla, tomó el título de gramático, que entonces servía para designar los hombres notables por su ciencia, los hombres de letras; porque gramático, en griego, tiene análoga significación etimológica primitiva que literato en latín o letrado en castellano.

Juan Tzetzes era uno de los últimos poetas de la larga serie de ellos que escribió en lengua griega clásica; pero de tan extrema decadencia, que sus obras no son sino una especie de prosa versificada. De este modo cruel están escritas las tres partes de su poema *Iliaca*: Ante-Homérica, o relato de la Historia troyana desde el nacimiento de Paris hasta el décimo año del sitio de Troya, comienzo de la *Iliada*; Homérica, simple resumen de la *Iliada*, y Post-Homérica, o relato de los acontecimientos posteriores a la muerte de Héctor. Pero no es este desdichado poema el que nos interesa al objeto de nuestro estudio, sino otra obra del mismo autor, el Βιβλος ιστορικη, bautizado en latín con el título de *Chiliades variarum historiarum*, Millares de Historias varias, que abreviadamente llamamos las Kilíadas, y que se componen de seis libros, siendo cada uno de ellos una Kilíada o millar, porque, aproximadamente, contiene mil versos cada libro. Son las Kilíadas colección de anécdotas en verso sobre los

principales personajes de la Historia antigua, remontando hasta los tiempos fabulosos.

Pues bien, una de estas anécdotas se refiere a Aquiles, el héroe principal de la *Ilíada*. En ella se cuenta la conocida fábula de la ocultación de Aquiles, enviado por su madre Tetis a la corte de Licomedes, rey de Scyros, para librarle de asistir al sitio de Troya, donde los oráculos le pronosticaban prematura muerte. Sabido es que, disfrazado Aquiles de mujer, pasó algún tiempo inadvertido entre las doncellas hijas de aquel rey, y que su disfraz, disimulando el sexo, dió ocasión propicia a sus ocultos amores con la hermosa princesa Deodamia, de la que nació, gallarda hechura de Aquiles, el feroz Neoptólemo, matador de Príamo, el último rey de Troya.

La anécdota comienza así: «Enseñan los más modernos entre los poetas de este género (de los cuales uno es Trifiodoro, Licofrón y otros) que cuando Tetis conoció por los oráculos y los vaticinios, etc.» Lo demás de la anécdota no sirve a nuestro objeto. Aquí lo importante es que volvemos a encontrar mencionado el poeta Trifiodoro, y no ya emparejado con Coluto, sino con Licofrón, perteneciente a la época del florecimiento de Alejandría bajo los Ptolomeos, que empieza tres siglos antes de la era cristiana.

En la recensión que hizo Bandinio en Florencia en 1765 de la versión italiana de Antonio María Salvini del poema de Trifiodoro *La toma de Ilión*, he leído el siguiente juicio: «Muchos consideran a Trifiodoro contemporáneo de Coluto (siglo v, después de Jesucristo), a causa de la semejanza de los

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

poemas; pero Lilio Gregorio Giraldo (tomo II de sus obras, página 166) cree que debe ser considerado muy anterior, cuando lo menciona entre los poetas que vivieron en tiempo de los Ptolomeos. Y digo yo ahora: Nada menos que ocho siglos de distancia median entre las épocas a que se refieren ambas opiniones; y en ese gran lapso de tiempo se han verificado acontecimientos tan importantes como el nacimiento de Jesucristo y el florecimiento del siglo de oro de la literatura romana con sus cumbres Virgilio y Horacio.

Tiene importancia para nuestro estudio que Trifiodoro escribiera antes o después de Virgilio, porque si el poema *La toma de Ilión* fué aprovechado por el mantuano para su magnífico libro II de la *Eneida*, este solo hecho instituye a Trifiodoro benemérito de la poesía y le hace acreedor a que su memoria sea rehabilitada.

Porque, en verdad, el pobre Trifiodoro ha sido un desgraciado poeta. La sombra mala de la Odisea lipogramática, cuya paternidad se le atribuye, ha oscurecido la gloria que como autor de *La toma de Ilión* le corresponde. Y es el caso que se trata de una Odisea desconocida, que se ha perdido, y que probablemente pertenece a otro Trifiodoro, que quizás pudiera con justicia apellidarse el malo; pero al cual, sin el conocimiento previo de la obra misma, sería aventurado calificar de ninguna manera. Y sin embargo, lo que por referencias se sabe de la obra es tan poco simpático, que por sí solo ha bastado para destruir la legítima gloria de Trifiodoro el bueno. Vamos a convencernos.

Hesychio el Ilustre era un biógrafo griego nacido en Mileto. Vivía en el siglo vi de la era cristiana, bajo los reinados de Anastasio I, Justino I y Justiniano. Es, por tanto, cuatro o cinco siglos anterior a Suidas y seis a Eustacio y a Tzetzes. Nada se sabe de su vida. Había compuesto una obra grande, hoy perdida, cuya materia histórica se extendía desde el reinado de Belo hasta la muerte de Alejandro; pero poseemos de él una obra biográfica titulada *De los que se han distinguido por su saber*, y que recuerda, en cuanto al plan, las *Vidas de los filósofos* de Diógenes Laercio. Esta obra se imprimió por primera vez en Anvers (1572), con una traducción latina de Hadriano Junius.

En su trabajo el ilustre Hesiquio va mencionando, sin orden alguno, nombres y nombres de escritores y de algunas de sus obras, sin idea de crítica; pero señalando curiosidades y narrando anécdotas; y en esta forma llega a mentar a un Trifiodoro, no citándolo directamente, sino hablando de otro poeta. Los autores están numerados, y en el número 46 Hesiquio dice: «Néstor Lycio, escritor de poemas, compuso una *Iliada* que carecía de ciertas letras. Porque en el primer libro ningún alfa encuentras, y así en todos los libros por el orden del alfabeto griego distinguidos, a cada uno falta su letra.» Y a continuación, sin respirar, añade: «Una Odisea semejante ha escrito Trifiodoro.»

Esta mención incidental de un poeta en un libro de biografías, en el que no se le dedica párrafo especial, demuestra, tal vez, no que se le trata con desprecio, sino que este poeta y su obra pertenecen

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

a la generación del autor de las biografías, el cual no necesita mencionarle, o porque no es un consagrado, o porque su actualidad y el conocimiento que los contemporáneos tienen de él le excluyen, naturalmente, del propósito de la obra de Hesiquio, que sólo es el de recordar aquellos que en otros tiempos «se distinguieron por su saber».

Pero lo que no cabe duda es que en Hesiquio hemos encontrado el origen de la afirmación de Suidas y de los gramáticos posteriores acerca de Trifiodoro. En el siglo v o vi de la era cristiana, que es el tiempo de Coluto, hubo un Trifiodoro que tuvo el gusto detestable de imitar a un Néstor, más antiguo que él, en esto de escribir poemas sometidos a caprichosas reglas fonéticas y gráficas, cultivando el arte de la bagatela y de la insensata ingeniosidad, arte que de tiempo en tiempo aparece y se reproduce en la historia literaria de todos los pueblos. Nosotros, en nuestra propia historia, lo hemos comprobado al estudiar aquellas aberraciones de la época de los acrósticos, de los ovillejos, de las glosas y de tantos otros acrobatismos antiliterarios. Y como Suidas no era escrupuloso en sus investigaciones, y además no le parecería indecoroso para Trifiodoro el egipcio que fuera autor de semejante Odisea, se la adjudicó desde luego, bautizándola con el nombre de Odisea lipogramática, porque *leipo* en griego es quitar, y *gramma* letra (la Odisea que quita letras).

La equivocación de Suidas, la pereza de los hombres de letras para examinar los poemas en su idioma original, la dificultad cada vez más acentuada, y casi insuperable en nuestros días, por el descuido

en los estudios de Humanidades, de leer de corrido, y enterándose, idiomas como el griego, y las pecadoras manos de infames traductores, han producido los malos juicios acerca de este admirable poeta.

Trifiodoro vivió, lo más probablemente, en el siglo III, antes de J. C., y en la corte de alguno de los Ptolomeos, perteneciendo, por tanto, a la pléyade de escritores alejandrinos que hicieron revivir las glorias de la literatura helénica.

### III

#### EL SUPPLICIO DE LAOCOONTE

UN indicio vehemente de tal hecho existe en el poema de Trifiodoro: falta en el mismo el episodio del sacerdote Laocoonte, que muere con sus hijos aprisionado entre las espirales de dos dragones.

Virgilio debió tomar este episodio de una tragedia de Sófocles, que se ha perdido. El asunto no llegó a popularizarse hasta que, cien años antes de J. C., o sea doscientos después de Trifiodoro, tres escultores de Rodas esculpen el patético y conmovedor grupo representando la escena de esta muerte, cuya reproducción figura hoy en todos los Museos, custodiándose el original en el del Vaticano. Trifiodoro no pudo aprovechar este dramático suceso en su poema, porque indudablemente no lo conoció, pasando inadvertido para él el drama de Sófocles. Pero si suponemos a Trifiodoro posterior en cinco siglos a Virgilio, ya es más difícil explicar la ausencia del episodio en el poema del vate egipcio, después de la gran difusión de la *Eneida* por el mundo y de la gloria inmensa de su autor.

A continuación van algunos vestigios del origen

de esta fábula de Laocoonte, cuya paternidad se ha atribuído a Sófocles:

Cayo Julio Higino, el gramático español contemporáneo de Ovidio y comentarista de Virgilio, en la 135 de sus *Fábulas Mitológicas*, dice: «Laocoonte, hijo de Acætis, hermano de Anquises, sacerdote de Apolo, contra la voluntad de Apolo porque había tomado mujer y procreado hijos, casualmente fué llevado a la playa para que hiciera un sacrificio a Neptuno. Apolo, aprovechando esta ocasión, envió desde Ténedos por las olas del mar dos dragones para que matasen a los hijos de Laocoonte: Antiphante y Thymbræo. Y como el padre se apresuró a ir en auxilio de sus hijos, a él también estrujado lo mataron. Los Frigios juzgaron que esto había sucedido porque Laocoonte había arrojado su lanza contra el caballo.» Hasta aquí Higino, y apoyado en sus palabras, no sé por qué razones, Heyne conjeturó que éste era el argumento de una tragedia de Sófocles o de otro poeta.

Otro comentarista de Virgilio, de época no tan inmediata al autor de la *Eneida*, Servio Mauro Honorato (siglo v de nuestra era), escribió esto (ad *Eneid.* II, 201): «Según Euphorión dice (\*), después de la llegada de los griegos, el sacerdote de Neptuno fué muerto a pedradas porque no evitó con sacrificios la llegada de ellos. Después de la retirada de los

---

(\*) No se sabe quién sea este Euforión, pues aunque el nombre corresponde a varios poetas griegos, citados por Plutarco y Luciano, la cita resulta imposible de comprobar, por ser las obras de tales poetas desconocidas.

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

griegos, como quisieran los troyanos sacrificar a Neptuno, Laocoonte, sacerdote del Thymbræo Apolo, fué llevado, por sorteo, según suele hacerse cuando falta sacerdote titular. Laocoonte había acompañado la víctima expiatoria ante la imagen del Numen con Antíope, su mujer, caminando, y a causa de esto, en compañía de sus hijos fué muerto... En verdad, Bacchylides (\*) habla de Laocoonte y de su mujer, y de serpientes venidas de las islas Calydnas y en hombres convertidas.»

Véase, además, en este lugar, lo que dice el gramático Donatus del siglo IV, autor de una *Vida de Virgilio* y de unos *Comentarios* a la *Eneida*: «Los nombres de los dragones, según Tzetzes en Lycophron, 344, fueron Porcos y Porcis», a lo que Servius añade: «Ciertamente que Sófocles declara los nombres de estos dragones en su *Laocoonte*. Pero las palabras de Bacchylides, que antes se citan, de que las serpientes se convierten en hombres, sólo en él se encuentran. Se supone que el argumento de la tragedia expuesto por el poeta, es poco más o menos el siguiente: ante la apariencia de que los Griegos se habían retirado, los Troyanos, con suma alegría, se disponen a hacer en la playa sacras ceremonias a Neptuno. Muerto al principio de la guerra el sacerdote del Dios, y no habiendo puesto después otro en su lugar, porque los Griegos les impedían acercarse al mar, un nuevo sacerdote debía ser elegido

---

(\*) Poeta lírico griego, de la isla de Ceos, que floreció en el siglo V, a. de J. C., en Siracusa, bajo el reinado de Hieron. Era sobrino de Simónides y tío de Esquilo.

que hiciera los sacrificios. Y para realizar esto, fué llevado por sorteo Laocoonte, sacerdote de Apolo. Pero habían pasado muchas cosas con Laocoonte, que pudieron excitar de un modo vehemente los ánimos y poner de relieve al mismo, que a los dioses no había de ser agradable. Airado contra él estaba Apolo, cuyo templo había violado durante su sacerdocio; era de esperar entonces que, como en otro tiempo, Neptuno había exigido venganza contra el anterior sacerdote, ahora Apolo la pidiese contra éste, después que arrojó su lanza al caballo de Troya. Así las cosas, tomó Laocoonte a su cargo el oficio que de él se demandaba, no con mente piadosa, ni para complacer a los dioses, sino con ánimo rebelde y con impiedad de pensamiento. Luego, las cosas cambiaron. Llega la noticia de que Laocoonte ha perecido con sus dos hijos, mordido por serpientes; y una gran perturbación se sigue a la inmensa alegría de todos, deplorando unos la desgracia de aquél y previendo que en breve perecería la ciudad; y otros asegurando que no existía otra razón de aquel prodigio que las culpas del mismo Laocoonte. Aquéllos quieren abandonar la ciudad, y éstos se quedan. Así Anquises, conocedor de los oráculos, que supo por Venus, se retiró al monte Ida esperando los acontecimientos. Este, pues, fué el comienzo de la calamidad, por la cual Troya había de perecer, y que otros no veían acercarse, porque sin respeto a los dioses en aquel tiempo vivían y nada eran movidos con estos prodigios.»

Véase el aprovechamiento, que Virgilio hace en su poema, de la fábula del suplicio de Laocoonte

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

y sus hijos. Los versos relativos a este episodio figuran en el libro II CAIDA DE TROYA, que va en este trabajo detrás del poema de Trifiodoro, y está tomado de una traducción inédita de la *Eneida* del inmortal Mantuano.

BIBLIOTECA  
DEL  
INSTITUTO PROVINCIAL  
SORIA

#### IV

##### POR QUÉ LA CRÍTICA MENOSPRECIA A TRIFIODORO

**P**UDE ver un día la traducción francesa del poema de Trifiodoro de que me habló mi amigo el humanista. Estaba, en efecto, en la Biblioteca municipal de esta Corte tan admirablemente dirigida por el culto y activo hombre de letras D. Ricardo Fuente. La examiné, y quedé indignado con el autor de dicha traducción. Me expliqué entonces que los críticos e historiadores de literatura hayan hablado con desdén del poema *La toma de Troya* y del poeta Trifiodoro. Dichos críticos e historiadores, no habiendo podido leer la obra en el original, porque para ellos el griego estaba en griego, las han juzgado por las majaderías de los traductores.

La traducción, publicada por Ernesto Falconnet, en París y en 1841, aparte de estar hecha en prosa ramplona, que hace venir a tierra la elevación del estilo que en la obra original campea, es infiel hasta lo sumo, y disparata con demasiada frecuencia. Ya comprobaremos alguno de estos dislates. Por su parte, el editor Falconnet también los comete, y de gran calibre. Después de asegurar que Trifiodoro vivió en el siglo v o en el vi de nuestra era, épo-

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

ca que corresponde a los tiempos de Coluto y Museo el gramático, añade: «Este pequeño poema, de 681 versos, no es sino un bosquejo rápido, un resumen incompleto, que ha sido utilizado, ampliado y fecundado por Virgilio en el segundo libro de la *Eneida*.» ¡Asombrosa facultad de adivinación la de Virgilio!—digo yo después de leer a Falconnet.—Virgilio, nacido setenta años antes de nacer el Mesías, pudo utilizar, ampliar y fecundar la obra de otro poeta que vivió seis siglos después. ¡Con razón tuvieron al Mantuano por brujo, y con razón se sospechó que había profetizado el advenimiento de Cristo Nuestro Señor!

Pero comparemos ahora algunos trozos de la versificación castellana, hecha con fidelidad, y con respeto a la obra de Trifiodoro, con la transcripción en prosa que trae Falconnet, copiada de Allut, o de quien sea. A cada cual lo suyo.

Comienza el poema con una breve invocación a la musa Caliope. El poeta le pide que cuente el fin de Troya en un rápido canto. Tras de esto, Trifiodoro pinta la desolación producida en Troya por diez años de guerra, y siguiendo inspiraciones, que son en poesía invariables y eternas, en lugar de referir los mismos episodios brutales de las muertes, va presentando a los ojos del lector parciales consecuencias de los hechos, efectos que producen aquellas muertes en armas y caballos de los guerreros. Sabía Trifiodoro que la impresión poética es más fuerte y vigorosa dando alma a las cosas que no la tienen, y suponiendo sentimientos humanos en los animales. El corazón y la fantasía del lector ponen

lo demás que falte al cuadro, aunque ello sea mucho, para estar acabado; la sugestión triunfa y la catástrofe humana aparece completa, elevándose la impresión secundaria a principal, el accidente a substancia.

Oigamos a Trifodoro en castellano:

Ya diez veces giraron del Sol luces,  
mientras vieja Belona e insaciable  
de muertes, sus estragos extendía  
en Troyanos y Dánaos. Muchas lanzas,  
inertes de las manos han caído  
desfallecientes de varones muertos;  
cesan de amenazar espadas muchas;  
de corazas estrépitos se extinguen;  
y rotas sus correas, disminuye  
de escudos mil la conexión, escudos  
que ya no se alzan más, ni el choque ansian  
retumbante del dardo: Y curvos arcos  
aflójanse, y al suelo las veloces  
flechas se rinden. Los caballos, lejos  
del ocioso pesebre, se conduelen  
de su suerte infeliz unos con otros  
y echan de menos del finado auriga  
látigo y riendas...

En la huída de estos caballos dispersos por el campo de batalla, el echar ellos de menos a los aurigas muertos, vale por todas las lágrimas, por todo el desamparo y soledad de tantas madres sin hijos, de tantos hijos sin padre y mujeres sin esposo como deja la guerra.

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

Ahora veamos la caricatura de Trifiodoro en la versión francesa que trae Falconnet:

«Las lanzas no tenían ya fuerza en la mano de los guerreros fatigada de matar.»

¿Qué fuerza habían de tener, si esas lanzas estaban en el suelo y sus dueños en el otro mundo?

«... sus espadas no esparcían ya el terror, ni se oía ya resonar las armaduras de bronce; los tahalíes, a los que estaban suspendidas, estaban próximos a romperse...»

Esto de los tahalíes (*baudriers*) ha sido añadido por el traductor, y no sé lo que quiere decir, ni la sensación que se propuso sugerir quien lo añadiera.

«... apenas los escudos ofrecían aún alguna resistencia a los dardos que venían a golpearlos; los arcos habían perdido su empuje, las flechas su rapidez...»

Todo esto, en el supuesto de estar los dueños de los escudos, dardos y flechas vivos, aunque cansados, qué tonto y qué falso es! Pero ahora viene lo mejor:

«... Los corceles, separados, la cabeza doblada sobre el pesebre, parecían deplorar en el ocio la pérdida de los compañeros de sus antiguos trabajos...»

Aquí sí que se ha perdido toda la poesía que puso Trifiodoro en esa imagen de los caballos sueltos por el campo después de una batalla. Y así está toda la traducción que trae Falconnet.

El poeta relata luego sobriamente la muerte de algunos guerreros notables: la de Aquiles, que «al

morir—dice—recobra a su amigo Patroclo; la del joven Antíloco, a quien llora su padre el viejo Néstor; el suicidio de Ajax de Telamón, que lava la espada matadora en el turbión de sangre de su herida; menciona a Héctor, arrastrado alrededor de la ciudad, y a los extranjeros que vinieron a ayudar a Troya, y que han perecido en las batallas: a Sarpedón, el licio; a Patroclo, hijo de Menecio y nieto del Cielo; a Reso, el tracio, muerto en profundo sueño la noche de su llegada; a Memnón, el hijo de la Aurora, la que se envuelve dolorida en celeste nube y roba al día la lumbre de sus colores. Y por fin, a la reina de las Amazonas, Pentésiléa, que sucumbe al empuje del fresno de Aquiles. Esta última mención es digna de que se fije en ella una atención especial. Véase:

«Hembras del Termodonte, caro a Marte,  
doloridas lloraban, el redondo  
seno en agraz sin leche golpeando,  
a la virgen, curtida en las batallas,  
Pentésiléa, que al guerrero coro  
de tan diversas gentes acudiendo,  
de mano mujeril al fiero impulso,  
puso en fuga una nube de varones  
hacia las naves, por el mar, batidas...

¿Os habéis fijado en la frase «el redondo seno en agraz sin leche golpeando»? ¿No habéis visto cómo pinta con un valiente rasgo Trifodoro la virginidad de las Amazonas, su rebeldía contra los varones, su feminidad independiente y salvaje? Pues ved ahora

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

cómo traduce esta linda definición de la amazona la versión francesa de que tratamos:

«Unas jóvenes guerreras, venidas de las orillas del Termodonte, donde tienen la costumbre de cortarse la extremidad de la mamella, se afligían por la muerte de Pentesilea.»

¡Cómo viene abajo, con esta violenta y ramplona transcripción, aquella ficción poética que creó a las vírgenes del Termodonte, ficción que tiene tanto derecho al respeto de los tiempos y de los hombres, como las mismas personas reales de carne y hueso!

Por mucho que nos hiera y mortifique esta idea de que las Amazonas se hubieran de mutilar, sin piedad a lo más bello y santo de su ser corpóreo, hemos de convenir en que no es genialidad ni invento de este traductor semejante aberración. Ella se lee en los códices y en las ediciones: ha recorrido los escritos de gramáticos de la Edad Media y de críticos de la Moderna; figura en las Antologías y en las modernas enciclopedias y se oye en explicaciones de Universidades. Una desacertada etimología de la palabra *amazona* ha dado vida a esta falsa idea durante siglos.

La palabra amazona—todo el mundo lo sabe—, de origen griego, se compone del alfa privativo y la palabra *ma7os*, que quiere decir seno de mujer. De aquí, e interpretando el concepto a la ligera, dedujo alguien que las amazonas carecían de senos; otro después, metiéndose a inventor, diría que les faltaba el seno derecho, para poder así con libertad manejar el arco, y otro, tal vez, añadiría que para que este seno no se desarrollase, lo quemaban o

comprimían desde la niñez. Si no fuera esto como lo supongo, yo recibiría con gusto la lección de aquel que me señalase el origen indudable de la afirmación de que se trata, origen que por ninguna parte he encontrado.

Herodoto, el primero que de amazonas habla, no dice de ellas nada semejante; Homero, en sus poemas, tampoco, ni poeta alguno de los que han utilizado el mito. ¿De dónde sale, pues? Vamos a ver si de la etimología sacamos algo en claro.

La palabra *maños* deriva de la raíz indoeuropea *mad*, que significa humedad; *maños* es el seno de la mujer, pero un seno húmedo, el de la mujer madre, en oposición al de la doncella, aunque por extensiones y analogías, según el proceso de la vida del lenguaje, haya venido la palabra, en sucesivas etapas, a expresar toda clase de seno de mujer. Pero el poeta o el historiador, o el pueblo que en remota época compusiera la palabra *maños*, la usó con aquel significado primitivo de seno que tiene humedad. Y ¡feliz definición la de Trifiodoro, que aclara y rectifica todo lo que de error haya podido haber hasta ahora en la interpretación de este mito de las amazonas! Estas no son más que unas mujeres con el seno en agraz, sin leche; son las vírgenes del Termodonte.

Habrá quien piense que es inútil y tonto rectificar errores en materia de esta clase. Después de todo, las amazonas no son seres reales, y no es una investigación que interese a la Historia humana averiguar cómo tuvieron el seno unas mujeres que no han existido, que sólo son obra de la fantasía de

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

poetas o narradores. ¿A quién se perjudica, pues, con suponer a las amazonas mutiladas en los pechos? A esto se puede contestar que las creaciones del arte tienen tanta realidad como las de la naturaleza, y gozan de vida más larga; las formas del arte son tan respetables como las de la Historia natural, y no se las debe mancillar ni afean. La Naturaleza admite, con frecuencia, monstruosidades que desfiguran el tipo de perfección de sus especies; pero el arte no admite monstruosidades. Si hubiera amazonas de verdad, podrían incurrir en aquella aberración que a las fingidas se les atribuye; podría ser también verdad que se mutilaban el pecho. Pero el arte no admite aberraciones. En poesía y en arte no hay nada verdadero, si no es al mismo tiempo bello.

Y, en efecto, en este caso de las amazonas, la Historia nos comprueba, con documentos de autenticidad indudable, que es la belleza la sola verdad del arte. En el siglo v, antes de Jesucristo, siglo de oro de la literatura y del arte helénicos, se celebró en Grecia un concurso de escultura para adornar el templo de Éfeso. A este certamen se presentaron diferentes estatuas de amazonas. Eran los escultores Fidias, Frádmon, Policleto, Ctesilao... Sus obras, por venturosa casualidad, les han sobrevivido mucho tiempo, han llegado a nuestros días; algunas se custodian originales en el Vaticano; otras se reputan copias de las primeras. En todas partes hay reproducciones y representaciones gráficas de esas esculturas. Basta mirarlas, para convencerse de que son hermosas figuras de mujeres completas, sin ninguna mutilación.

Pero, ¡ah!, que el viejo Cronos sigue devorando a sus hijos. Él es el único mutilador de mitos; él destruyó los brazos de la Afrodita de Melos; él decapitó la Niké de Samotracia, y él hundió en las Leteas aguas Minervas y Apolos, Hermes y Joves, discóbolos y doríforos. Respetemos nosotros las obras que el tiempo ha respetado, y afirmemos la belleza del arte en vez de macularla.

## LA LEYENDA DE ENEAS

**D**os siglos antes de Virgilio, Eneas era reconocido como padre del pueblo romano en las epopeyas y comedias de que antes hemos hablado; pero su leyenda venía formándose desde más antigua fecha. La crítica moderna así lo ha reconocido (\*).

Es posible, dice André Bellessort en un notable libro publicado en 1920 (\*\*), que toda la novela del personaje homérico de Eneas, hijo de Venus, haya salido del culto de esta Venus que los marinos griegos invocaban bajo el nombre de Afrodita Eneana, y a la que dedicaban santuarios sobre las costas mediterráneas. Por otra parte, se ignora si este epíteto *Eneana* significa madre de Eneas o sencillamente «ilustre». Es posible que los griegos se hayan ingeniado en esparcir por la Italia romana, cuya imaginación era pobre, una leyenda que halagaba su amor propio de antiguos vencedores de Troya, y que, sin embargo, no desagradaba a la vanidad de

(\*) *La légende d'Enée avant Virgile*, de J. A. Hild.

(\*\*) *Virgile, son œuvre et son temps*.



los romanos cultos, cuya cuna rodeaba del prestigio de los héroes y de los dioses de Homero. Si no estoy del todo convencido de ello, es porque la formación de leyendas me parece mucho más compleja y mucho menos voluntaria, y porque desconfío a menudo de los mitólogos como de los prestidigitadores. Desde luego todo es posible. Pero sabemos que Italia y Oriente han estado en relación desde el año 1000 antes de nuestra era. Sabemos que Italia fué colonizada por Pelasgos, es decir, Argonautas, llegados de Tesalia, y Cretenses y héroes de Homero «fugitivos, descontentos, contrariados en sus intereses como los Normandos de la Edad Media», y que los más audaces de los Helenos venedores partieron con ellos. La arqueología nos prueba que, al fin del siglo VIII, una civilización emparentada con la homérica se había implantado en Italia. La leyenda de Eneas no es, pues, del todo inverosímil.

Esta leyenda había entrado de largo tiempo atrás en el espíritu del pueblo y en los fastos de la Historia. El año 280, Pirro, rey de Epiro, llamado por Tarento, no dudó, según se dice, en su calidad de descendiente de Aquiles, en declarar la guerra a los Romanos, nietos de los Troyanos. Treinta años más tarde, el Senado pide a Etolia la libertad de los Acarnanios, bajo pretexto de que éstos fueron el único pueblo de Grecia que no mandó tropas contra los muros de Troya. El mismo Senado prometía, algún tiempo después, al rey de Siria Seleuco, su alianza y amistad, a condición de que eximiese de todo impuesto a los Troyanos, hermanos de los Romanos. En 205, al día siguiente de las victorias de

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

Aníbal y para conjurar nuevos desastres, un oráculo sibilino ordenó ir a buscar en Frigia la estatua de Cibeles; y Roma hizo valer ante los habitantes de Pesinonte, que la poseían, la comunidad de origen de las razas troyana y romana. Bajo el patronato del gran nombre de Eneas fué como la Madre de los dioses remontó el curso del Tíber. Lucio Escipión y Escipión el Africano, atravesando el Helesponto, quisieron detenerse en Troya; allí celebraron oficialmente el gozo de volver a ver su antigua patria y sacrificaron a Minerva.

Estos eran los antecedentes de la leyenda de Eneas, contada en la «Guerra púnica» de Nevio, y luego en los hexámetros de Ennio, dos siglos antes de Virgilio; y entre aquellos antecedentes, y como elocuente dato que añadir a la antigüedad del poema de Trifiodoro, se puede señalar la mención que en «La toma de Ilión» hace del héroe Eneas en los versos finales del poema, en los que ya se le atribuye la misión de ir a Italia a plantar al amparo de muros nuevos los Penates troyanos. Véase:

«Secretamente a Eneas Afrodita  
y a Anquises libertó, de padre e hijo  
compadecida, y lejos de su patria,  
los trasladó a la Ausonia, de los dioses  
el decreto cumpliendo, con la venia  
de Zeus, porque eterno el mando fuese  
de los hijos y nietos de la amada  
de Marte, Citerea.»

La sencillez de esta mención, coloca indudable-

mente el poema de Trifiodoro, en aquellos momentos primitivos de la formación de la leyenda Eneana, antes de los poemas de Nevio y Ennio, o sea en la época de la literatura alejandrina.

Nada más puede afirmarse, ni con mayor seguridad deducirse, de los accidentes del lenguaje griego en Trifiodoro. Este lenguaje en los poemas épicos helénicos se mantiene inalterable, a través de todo el largo período de la literatura de Grecia, desde Homero a Tzetzes. Los poetas épicos no han empleado otro dialecto que el homérico, ni otra versificación que el hexámetro, y ésta aparece tanto más cuidada cuanto más se separa de su origen, porque los gramáticos, menos inspirados que los poetas, han tenido, en cambio, la preocupación de un mayor esmero en lo material de los poemas.

Virgilio—sigue ahora Bellessort—bebió anchamente en las obras de Catón y Varrón, en el poema de Nevio, en el de Ennio, del que no poseemos sino quinientos o seiscientos versos dispersos, y cuya pérdida ha condenado ciertos ecos de la vieja Roma a un eterno silencio. Consultó también historiadores, cuyas obras no tenemos, sin contar las crónicas locales, los archivos del pontificado, los documentos sobre la fundación de las ciudades. Es posible, además, que la autoridad de Augusto abriese a Virgilio, esta vez, los *Libros Sibílinos*, lo cual explicaría el *tú lo sabes* de aquella carta de Virgilio al Emperador, citada por Macrobio (\*). Felizmente, en

---

(\*) Macrobio, en sus Saturnales ha conservado este fragmento de una respuesta de Virgilio a una carta de Augusto,

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

el momento en que comenzaba Virgilio su poema, el azar llevó a Roma a un joven griego de Halicarnaso, Dionisio, que vivió allí veintidós años, y que pacientemente juntó y ordenó los materiales de un gran libro sobre las *Antigüedades romanas*. Se proponía con él rehabilitar a los ojos de sus compatriotas los orígenes de Roma, que ellos desconocían o despreciaban. Les demostraba que Roma, en vez de haber sido fundada por vagabundos, era obra de griegos: primero los Aborígenes del Peloponeso, luego los Arcadios conducidos por Evandro, las tropas del gran caudillo Hércules, reclutadas entre los Peloponesios, y, por último, descendientes del Arcadio Dárdano, los Troyanos de Eneas, de antigua y pura raza helénica. El libro de Dionisio de Halicarnaso tiene la ventaja de hacernos casi un resumen de todos los documentos de que se sirvió Virgilio; porque ambos hicieron el mismo trabajo en la misma época y tuvieron en las manos las mismas obras. Indudablemente conocieron la de Trifiodoro; pero Dionisio no tendría necesidad de mencionarla, por ser muy somera la referencia y no añadir dato ninguno al hecho de la salida de Eneas de Troya en busca de la Ausonia.

He aquí, pues—traduzco de Bellessort—, lo que Dionisio nos cuenta de Eneas según los historiados

---

que estaba impaciente de leer versos del Mantuano: «En cuanto a mi *Eneas*, si le juzgase digno de ser leído, no dudaría en enviártelo; pero está, a causa de mi insuficiencia, en tal estado de embrión, que apenas me parece que he comenzado obra tan grande, y, sobre todo, *tú lo sabes*, desde que le he consagrado nuevos importantes estudios.»

res y arqueólogos griegos y romanos más dignos de fe. (No he tenido tiempo de consultar esta cita en el original de Dionisio, pero hago honor a la veracidad de Bellessort por el favorable juicio que me ha merecido su discreta obra.) La noche en que los griegos entraron en Ilión, ya por la estratagema del caballo de madera, o por la traición de Antenor, se hubieran apoderado de toda la ciudad, si Eneas, encerrado en la Acrópolis, no les hubiese tenido en jaque. Pero, comprendiendo que era imposible salvar a una ciudad, cuya mayor parte estaba conquistada, hizo Eneas que se evadiesen las mujeres, los niños, los viejos, y decidió salir él mismo con sus compañeros, su padre, sus hijos, sus Penates y carros llenos de objetos preciosos. Todos se refugiaron en el monte Ida, donde los escapados de la matanza se unieron a ellos. Los griegos renunciaron a perseguirlos, a condición de que se retirasen de la Tróada. Luego que Eneas hubo equipado una flota, pasó el Helesponto y llegó a Tracia. Tal es la versión de Helánico que a Dionisio le parece más verosímil. Pero nos refiere también otras. Sófocles, en su tragedia de Laocoonte nos mostraba a Eneas abandonando a Troya antes de la toma de la ciudad. «Eneas, dice uno de los personajes de la tragedia, Eneas, hijo de Venus, sale de la ciudad. Su madre se lo ordena, y la desgracia de Laocoonte no le deja ninguna esperanza. Él lleva sobre sus hombros a su padre Anquises, que va vestido de un traje de lino, y cuyos lomos habían sido heridos del rayo. Su familia le rodea. Va escoltado de un número mayor de ciudadanos de los que vosotros

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

quisierais; pero todos los que aman la colonia de los Frigios están muy satisfechos de ello». Despreciamos a los cronistas que acusan a Eneas de haber entregado la ciudad a los Griegos, y a aquellos que creen que, durante el saco de Ilión, Eneas guerrea en Frigia. Virgilio ha fundido muy hábilmente el relato de Helánico con el de Sófocles. Su Eneas es por completo el hombre sobre el cual, en la noche trágica, reposa todo el destino de Troya, como en Helánico, aunque le falte la defensa de la acrópolis. Como en Sófocles, es advertido por su madre de que toda resistencia es vana, y se retira de allí más modestamente, con su padre en los hombros y su familia detrás; pero no sale sino a través de ruinas y de incendios.

Hasta aquí lo que interesa al objeto de nuestro trabajo, que no es otro que comparar el poema de Trifiodoro con el libro segundo de la *Eneida*, obras ambas contenidas en este tomo a continuación del ya largo prólogo. Hay que ir pensando en dar a éste un corte.

BIBLIOTECA  
DEL  
INSTITUTO PROVINCIAL  
SORIA

## VI

### LOS RAPTOS, CAUSA DE GUERRAS

No voy a hablar (sería ridícula equivocación pretender descubrir cosa tan conocida) de lo que representa en la Historia el sitio de Troya, correspondiente a los tiempos fabulosos o heroicos de Grecia, acontecimiento en que se manifiestan las primeras hostilidades entre Asia y Europa, entre aquellas dos civilizaciones, cuyo choque culminó en Alejandro de Macedonia; pero sí me place transcribir unas curiosas noticias que lei en Herodoto.

Cuenta el Padre de la Historia que los fenicios fueron los primeros en provocar la discordia. Cargadas sus naves de géneros propios del Egipto y de la Asiria, llegaron a Argos, ciudad la más principal entonces de la Hélada, que los latinos llamaban Grecia.

Los negociantes fenicios, a los que acudieron en gran número las jóvenes argivas a comprar mercancías a la playa, robaron a la princesa Io, hija de Inaco, el rey de Argos, y partieron con ella para Egipto: Este el principio fué de los atentados públicos entre asiáticos y europeos. Andando el tiem-

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

po, los griegos de Creta vengán la ofensa de Io, robando a un príncipe de Tiro su hija Europa, y otros helenos se apoderan en la Cólquida de Medea, hija también de rey. Alejandro o Paris, uno de los cincuenta hijos de Príamo, rey de Troya, sabedor de que los raptos anteriores han quedado impunes, tuvo el capricho de poseer alguna mujer ilustre robada de Grecia, creyendo sin duda—dice Herodoto—que no tendría que dar por esta injuria ninguna satisfacción. Raptó, en efecto, a Helena, hija de Tíndaro y esposa de Menelao, rey de Esparta, y se la llevó a Troya; pero esta vez el desafuero produjo consecuencias terribles. Numerosos reyes griegos unidos al injuriado Menelao, van con mil naves contra Ilión; sostienen allí un sitio de diez años, y acaban por destruirla, rescatando a Helena, que había tenido en Troya dos maridos, durante su apartamiento del legítimo Menelao.

En opinión de los persas—observa el socarrón Herodoto—esto de robar las mujeres es a la verdad cosa que repugna a las reglas de la justicia; pero tampoco es conforme a la cultura y civilización el tomar con tanto empeño la venganza por ellas, y por el contrario, el no hacer ningún caso de las arrebatadas es propio de gente cuerda y política, porque bien claro está que, si ellas no lo quisiesen de veras, nunca hubieran sido robadas.

Sagaz observación la de los persas, que tiene su comprobación en los diferentes poemas que nos refieren estos raptos. Veamos primero las lamentaciones de Europa contenidas en una de las odas de Horacio.

..... Tal la suerte  
de Europa fué, cuando su níveo cuerpo  
al mentiroso toro confiara.  
Ante el ponto, de monstruos rebosante,  
palideció la audaz. Por todos lados  
la rodea el peligro. No hace mucho  
que, ansiosa de las flores, en praderas  
tejía de las ninfas las guirnaldas.  
Y ahora, a la luz dudosa de la noche,  
otra cosa no ve que astros y ondas.  
Cuando a Creta arribó, la isla potente  
por sus cien fortalezas, «¡Padre—dijo—  
santo nombre por tu hija deshonrado,  
y santo amor vencido por locura!  
¿De qué altura bajé y adónde vine?  
Una muerte es muy poco, por castigo,  
a tanto deshonor. Mas, ¿lloro acaso  
en realidad mi falta vergonzosa,  
o una vaga ilusión, un vano sueño  
que de la puerta de marfil ha huído,  
juega, ay de mí, con la que está sin culpa?  
¿Era mejor atravesar por medio  
de inmensas olas, que recientes flores  
en el campo coger? Si alguien ahora  
el infame novillo me entregase,  
es tal mi irritación, que hallara fuerzas  
para romper con mi puñal los cuernos  
del monstruo que hace poco amé yo tanto.  
Sin pudor me dejé patrios Penates;  
sin pudor me detengo en ir al Orco!  
¡Oh Dios, si es que hay alguno que me oiga,  
haz que vague desnuda entre leones!

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

Antes que a estas mejillas sonrosadas  
desdoren palideces macilentas,  
y de esta tierra presa, se derrame  
el jugo juvenil de mis encantos,  
pasto he de ser de tigres.—Vil Europa,  
tu padre ausente te lo manda. ¿Dudas  
todavía en morir? O de este olmo  
con ese cinturón que te acompaña  
ponte a pender, o si prefieres peñas  
y escollos aguzados, pronto, corre,  
y entrégate a la furia procelosa.  
Si no lo haces así, tú, con tu regia  
sangre, tendrás que manejar el huso  
y la rueca servil, bajo el dominio  
de una extranjera dama, que te trate  
como una concubina de su esposo.»  
Junto a la que se queja del malvado,  
Venus risueña está, y está su hijo,  
flácido el arco. Luego que se hubo  
regocijado bien, le dijo: «Abstente  
de furiosas peleas y de iras,  
cuando el odiado toro aquellos cuernos,  
que quisieras quebrar, ponga en tus manos.  
No sabes, infeliz, que esposa eres  
del invencible Júpiter. Sollozos  
deja, y aprende a conllevar tu magna  
suerte. Desde ahora llevará tu nombre  
una importante parte de la tierra.»

Ahora escuchad a Coluto de Licópolis, que describe de esta manera el rapto que motivó la guerra de Troya.

PARIS ANTE EL PALACIO DE HELENA

Ya de gracias divinas adornado,  
 ante el palacio del Atrida, Paris  
 se detuvo por fin. Nunca Tione  
 hijo tan admirable dió de Zeus.

.....  
 Y ahora, alzando tapices, y dinteles  
 atravesando, el atrio Helena cruza,  
 y en la puerta quedó de su palacio  
 mirando en derredor. Cuando vió a Paris,  
 le llamó al punto, y le llevó a los sitios  
 más reservados de la casa. Luego  
 en un sitial de plata, que reluce  
 recién bruñida, le mandó sentarse.

No se saciaba de mirarlo; a veces  
 juzgaba que era el hijo de Afrodita,  
 ministro de los tálamos. Mas, ¿cómo,  
 si no llevaba aljaba ni saetas?

Ya por su noble faz y los fulgores  
 de su mirada, contemplar creía  
 al Numen de vid; pero no tiene  
 puesto el collar de pámpanos y uvas  
 sobre que se alza su cabeza hermosa.

Por último, en el colmo del encanto,  
 salieron de su boca estas palabras:

«—Huésped, ¿de qué maravillosa estirpe  
 eres tú? Dímelo: por tu belleza  
 un rey pareces...»

Vemos, pues, que Helena no se recata de expre-

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

sar a Alejandro la admiración que su presencia le produce. Paris contesta con un vanidoso discurso, en que, ausente la ternura amorosa, brilla más que nada el orgullo de los timbres que él ostenta. Y dice:

«Si acaso oiste  
hablar de que en los límites de Frigia  
una ciudad, Ilión, fué rodeada  
por Poseidón y Apolo de altas torres;  
si la fama de un rey inmensamente  
rico de Troya te halagó el oído,  
rey cuyo nacimiento de la estirpe  
procreadora de Zeus se deriva,  
éstos son, reina, mi familia y patria,  
y con ventaja ostento propiedades  
que de mi raza son. Pero una diosa  
me ofreció que una ninfa apetecible,  
exclarecida y digna de mis hechos,  
se entregaría a mí. Se llama Helena.  
Cítrea lo manda: concertemos,  
pues, nuestra unión. Si me rechazas, teme  
las iras de Afrodita, que me ayuda.

¡Qué falta de delicadeza en esta manera de enamorar de Paris! Aquí impone su fuerza, como si fuera un jayán. Luego añade:

Y nada más. ¿Qué puedo yo enseñarte que tú no sepas? Las mujeres de Argos sois de tal condición, que la más débil delicada de miembros, tiene un alma templada en el valor como los hombres.»

Dijo, y la ninfa de admirables ojos  
 en tierra los fijó perpleja un rato,  
 y nada respondía... Pero luego,  
 enajenada de emoción, gritaba:  
 «—¿Conque es cierto, viajero, que los muros,  
 en otro tiempo, de tu patria alzaron  
 Apolo y Poseidón? ¡Con cuánto gozo  
 el egregio trabajo de los dioses.  
 viera, y el prado fértil, en que Febo  
 los flexípedes bueyes pastoraba,  
 y en que veces y veces los seguía  
 hasta el mismo dintel de aquellas puertas  
 obra de dioses. ¡Sácame de Esparta!  
 ¡llévame a Troya! Seguiré tus pasos,  
 como manda Afrodita, la que nupcias  
 preside.

Y luego, en transición brusca, añade la ninfa:

A Menelao no le temo,  
 aunque me busque en Troya. Lo conozco,  
 y es de carácter apacible y manso.»

Tenían razón los Persas de Herodoto. Helena, sin su voluntad, nunca hubiera sido raptada. Porque las fuerzas de Hércules, como dijo el gobernador de la ínsula Barataria, no forzarían a una mujer, si ella defendiera su cuerpo como defendió la bolsa del ganadero aquella dueña que poco antes se dejó arrebatarse lo que más de veintitrés años guardado había de moros y cristianos.

Y ahora volvamos rápidamente a nuestro Trifio-

## TRIFIODORO Y VIRGILIO

doro. Es indudable, por la lectura de la versión de su poema, que a continuación aparece, que brillan en el autor del mismo las altas cualidades de un eximio poeta unidas a la sencillez de expresión, ajena a toda la afectación y el rebuscamiento que son propios de los escritores decadentes. Más se parece Trifiodoro a un primitivo; más cerca está aún de Homero que de la Escuela sabia de Alejandría; pero de cualquier manera que se le clasifique, no hay razón para tratarle con el poco aprecio en que hasta ahora se le ha tenido. Yo confío en que, a pesar de mi falta de medios para hacer resaltar en castellano las excelencias del original, no habré perdido del todo el tiempo en una empresa inútil. De aquí en adelante espero que los críticos y los poetas otorguen a Trifiodoro la autoridad que, en otro aspecto, en el filológico, le reconocen los gramáticos y lexicógrafos. Y sobre todo aspiro a que a la pregunta: «¿Qué sabe usted de Trifiodoro?», no pueda nadie contestar diciendo: «Que existió, y gracias... No sé cuándo, ni qué hizo. Forma parte de la vasta enciclopedia de mi ignorancia.»

Y tiene ahora la palabra Trifiodoro.



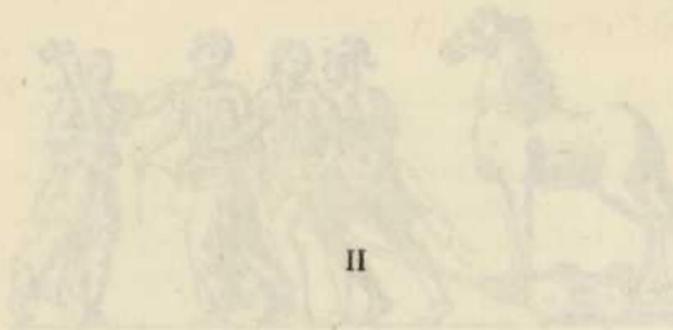


## LA TOMA DE ILION POR TRIFIODORO

I

### INVOCACIÓN

**E**L laborioso fin de larga guerra;  
y la emboscada, dentro del caballo,  
de Atenea la argiva, tú, ahora mismo,  
a mí, que tengo prisa, con muy pocas  
palabras, cuenta me, Caliope, y esa  
discordia antigua, que a su fin tocaba,  
en un rápido canto desenvuelve.



## II

### EL DÉCIMO AÑO DEL SITIO

**Y**A diez veces giraron del Sol luces,  
mientras, vieja Belona e insaciable  
de muertes, sus estragos extendía  
en Troyanos y Dánaos. Muchas lanzas  
inertes de las manos han caído  
desfallecientes de varones muertos;  
cesan de amenazar espadas muchas;  
de corazas estrépitos se extinguen;  
y rotas sus correas, disminuye  
de escudos mil la conexión, escudos  
que ya no se alzan más, ni el choque ansian  
retumbante del dardo; y curvos arcos  
aflojan se, y al suelo las veloces  
flechas se rinden. Los caballos, lejos  
del ocioso pesebre, se conduelen  
de su suerte infeliz unos con otros,  
y echan de menos del finado auriga  
látigo y riendas. Y yacía Aquiles  
recobrando, al morir, su amigo muerto;  
y del joven Antíloco, su hijo,  
lloraba el viejo Néstor la desgracia.  
Ajax, también, con la mortal herida

## LA TOMA DE ILION

que él mismo se hizo, su robusto cuerpo  
desenlazó, y la espada matadora  
lavó en la furia del turbión de sangre.  
Mas los Troyanos, que lloraban de Héctor  
el afrentoso arrastre, no tan sólo  
el dolor de su pueblo lamentaban,  
sino también las doloridas quejas  
que en extraños idiomas a su lado  
se oían en Ilión, y respondían  
con lágrimas al llanto de los hombres  
que vinieron a Troya a defenderlos.  
Y a Sarpedón lloraban con los Licios;  
Sarpedón, que en mal día mandó a Troya  
su madre, envanecida de que parte  
el tálamo con Zeus; mas la lanza  
de Patroclo, el nacido de Menecio,  
le derribó, y hoy con su sangre funde  
lágrimas de dolor el Cielo patrio.  
Bajo noche falaz el sueño torpe,  
que ata a Reso los pies, lloran a gritos  
los Tracios, y por causa de la muerte  
de Memnón, en celeste nube envuelta  
la Aurora, madre de él, al cabizbajo  
Día robó la lumbre de sus fuegos.  
Hembras del Termodonte, caro a Marte,  
doloridas lloraban, el redondo  
seno en agraz sin leche golpeando,  
a la virgen curtida en las batallas  
Pentesilea, que al guerrero coro  
de tan diversas gentes acudiendo,  
de mano mujeril al fiero impulso,  
puso en fuga una nube de varones

hacia las naves por el mar batidas.  
Con su lanza de fresno, empero, Aquiles  
contra ella arremeti6, le di6 la muerte,  
el bot6n recogió de su armadura,  
y la honró con piadosos funerales.

### III

#### PREDICCIÓN DE HELENO

**N**o obstante, en pie se alzaba todavía entera Ilión, en sus cimientos firmes asentada, debido a aquellos muros que labraron los dioses. La demora molesta impacientaba a los Aqueos. Contrita por las últimas refriegas, aun siendo infatigable, acaso Palas sudara en vano, a no ocurrir entonces (por aquella insolencia consentida a Deifobo el adúltero) que vino de Ilión, entre las filas de los Griegos, extranjero profeta; el cual, juzgando al manso Menelao de este modo complacer, de su patria Ilión la ruina (que tardaba en cumplirse tanto tiempo) vaticinó. Los Griegos, pues, movidos de aquella predicción de aquel terrible celoso Heleno, al punto prepararon de la guerra tenaz el fin urgente.

#### IV

##### CONSTRUCCIÓN DEL CABALLO

**Y** de Esciro llegó (ciudad famosa por sus vírgenes lindas) aquel hijo que de Deidamia bella Aquiles tuvo. No le apuntaba el bozo en el semblante noble y gentil, y ya asomaba al mismo el temple de alma de su padre, aun siendo nuevo en las lides el doncel. Y al campo griego acudió también, auxiliadora de sus amigos, Palas: la madera de su estatua sagrada conducía, aunque robada apareciera. Y bajo auspicios de la diosa, el ingeniero Epeo fabricaba ya, enemigo de Troya, el artefacto monstruoso del caballo fatal. Y sus maderas cortaba, y las bajaba al llano, desde el Ida mismo, al que también Fereclo subió por orden de Alejandro, naves sacando de él, que fueron el origen de tanto sufrimiento. Y él labraba dentro de los amplísimos costados vientre capaz, haciendo tanto hueco, tan magna cavidad, como en trirreme

## LA TOMA DE ILION

(según normas seguras) en redondo  
el artífice traza. Y asimismo  
sobre los huecos pechos ajustando  
una cerviz, le puso por remate  
brillante crin de oro, que sublime  
ondeando cual ola sobre el curvo  
cuello, a partir de lo alto de la frente,  
trabada en una trenza se elevaba  
a manera de cresta. Y unos ojos  
incrustó cristalinos en dos orbes  
de azul berilo y sangre de amatista.  
Compuestos de mezcladas piedras glaucas,  
con cambiantes de luces y matices  
brillaban estos ojos. De blancura  
resplandecientes, figuró en la boca  
dientes que parecían empenados  
en morder los extremos del versátil  
freno, y la abierta vía de anchas fauces  
disimuló, y velando por que hombres  
ocultos respirar pudieran, hizo  
que el vivificador aire fluyese  
por la nariz adentro. Y las orejas  
colocó de las sienes en lo alto  
sobremanera rectas, siempre prontas  
el sonido a esperar de los clarines.  
Y a los ijares adaptó los lomos  
con la espina dorsal que ondea, y ancas  
y ágiles nalgas copuló. Colgando  
hasta las mismas plantas se extendía  
la despeinada cola, como suele  
la vid pender en tortuosos flecos.  
En ágiles rodillas encajadas

las piernas, como a punto parecían de lanzarse al galope; tal presteza simulaban tener. Y, sin embargo, quietas estar su condición les manda. Y no faltaban, no, como remate de las piernas, metálicos los cascos, que brillaban cual jaspe, recubiertos de vetada concha de tortuga, y al suelo parecía no tocaban las cuatro uñas fortísimas de bronce. Una puerta, además, cerrada puso, y una escalera fabricó: invisible ésta, por dentro, unida a los costados, aquí y allá la insidia llevaría del célebre caballo de los griegos; ligada y firmemente asegurada aquella por debajo, su camino les tendría que abrir para lanzarse impetuosamente desde arriba. A ambos lados también desde la blanca cerviz de aquel caballo ciñó en torno las purpuradas flores de sus belfos con cuero de las riendas, y los giros tortuosos del freno que le manda, aliándolo al marfil y al argentado metal que hace dar vueltas. Y cuando hubo pulido por doquier el pernicioso caballo, sendas ruedas con sus fuertes radios bajo los cuatro pies le puso, a fin de que después, sacado al llano, dócil al freno sea, y no difícil haga el camino a los que a andar le fueren.

## V

## ASAMBLEA DE REYES

**T**AL brillaba de horror y de hermosura  
el corcel arrogante y elevado,  
que, si vivo tal vez se lo encontrara,  
dirigirlo en la lid no rehusaría  
el caballista Marte. En torno al mismo,  
un alto muro se elevó, no fuera  
que alguien, antes de tiempo, lo mirase,  
y descubriendo el arte de su engaño,  
hiciera luz sobre él. Interin iban,  
los Griegos que, en las naves de Micenas  
de Agamenón, pudieron escaparse  
del tumulto y empuje de las masas  
sublevadas, los Reyes a consejo  
congregando. Y entonces, infundida  
de un pregonero de dicción robusta  
en el cuerpo mortal, para alentarle  
y aconsejarle, presentóse a Ulises  
la impetuosa en lides Atenea,  
en néctar, dulce cual la miel, untando  
la voz fuerte y sonora de aquel hombre.  
El cual, revuelto su ignorante juicio  
con la divina inspiración, primero

quedó inmóvil en pie, fijando en tierra  
el dardo penetrante de su vista;  
pero, de pronto, de eternas voces  
la Diosa abriendo el parto, un trueno horrible  
hizo estallar, y cual de aérea fuente,  
proyectó esta melíflua catarata:  
«—Oh, amigos, ya en verdad el escondrijo  
disimulado se acabó; lo han hecho  
manos humanas; pero, ciertamente,  
se hizo con los auspicios de Atenea.  
Vosotros, pues, que tanto habéis fiado  
en vuestras manos fuertes, siempre prontos  
a ánimo audaz y a valeroso pecho,  
seguidme, porque aquí no nos conviene  
mucho tiempo ya estar entre fatigas  
inútilmente envejeciendo, sino  
que es menester que vivos acabemos  
épica hazaña, o que con muerte cruenta  
de la infame deshonra huyamos todos.  
A nosotros augurios y esperanzas  
nos favorecen más que al enemigo.  
¿O es que habéis olvidado por acaso  
el antiguo dragón y laavecilla,  
y el plátano frondoso, y con los tiernos  
hijos llamados a morir, la madre  
quitada sin piedad de sus polluelos?  
Si, pues, los vaticinios del anciano  
Calcas hicieron demorar la obra,  
hoy de Heleno, el profeta advenedizo,  
las predicciones nos prometen una  
prontísima victoria. A mí, por tanto,  
obedeced, y del caballo, audaces

## LA TOMA DE ILION

y rápidos, entremos en el vientre;  
que luego los Troyanos a su ruina  
paso darán gustosos, de la diosa  
intrépida engañados por la astucia,  
introduciendo en Troya el artificio  
perdición de sus hombres, y abrazando  
su mal con él. Mas los que el cargo tienen  
de las naves, que suelten las amarras,  
y antes de echarse al mar, que con su propia  
mano den fuego al mimbre de las tiendas,  
dejen desierto el litoral abrupto  
de la troyana tierra, simulando  
la vuelta a Grecia de la escuadra toda,  
hasta que de la torre del vigía,  
que en el puerto quedó, llegue lanzada  
al litoral vecino hasta vosotros  
una luz en la noche, que os ordene  
dirigir otra vez acá las proras.  
No haya entonces pereza que descuide  
el remo apresurar, ni nube alguna  
de espanto, como suelen a los hombres  
las tinieblas traer, horrores finja,  
que hagan temblar a las cobardes almas.  
Cual primera virtud, brille en vosotros  
ingénito el honor; que nadie empañe  
su gloria con vergüenzas; de tal suerte  
todos y cada cual se muestren dignos  
de recibir el premio a sus hazañas.»  
Así dijo, y salió de la asamblea.

VI

ENTRADA DE CAUDILLOS EN EL CABALLO

**A** sus palabras, le siguió el primero,  
 e igual a un Dios, Neoptólemo: cual potro  
 que retoza saltando por el llano  
 húmedo de rocío, y va engreído  
 de flamantes adornos y jaeces,  
 látigo y amenazas prevenía  
 de conductor de carros. Se echó pronto  
 vivamente tras él Diomedes, hijo  
 de Tideo, pasmado de que fuese  
 de Neoptólemo tal la semejanza  
 con lo que Aquiles fué. Cianipo sigue  
 a quien Cometo, la de ilustre cuna,  
 tras de sus breves nupcias con Tideo,  
 tuvo de otro varón de fuerte escudo:  
 de Egialeo, también muerto muy pronto.  
 Tras de él se alza también y en pie se pone  
 Menelao. Salvaje ansia le lleva  
 con Deifobo a reñir; sentado estaba  
 y con ira tremenda, vivamente,  
 al segundo querido de su esposa  
 deseaba atrapar. Impetuoso  
 lanzóse tras de aquél Ajax de Oileo,

## LA TOMA DE ILION

en Lócrida nacido, todavía  
mantenedor de un ánimo sensato,  
que aún no había cebado torpemente  
en ninguna doncella sus furores.  
Luego se alzó también Idomeneo,  
rey de Cretenses, cuyo pelo empieza  
ya a blanquear. Y de Nestor nacido  
iba en pos Trasimedes el robusto,  
y el tirador de lanzas Telamonio,  
teucro también. Y el vástago de Admeto,  
Eumelo, se lanzó, rico en caballos.  
Detrás, sin vacilar, el adivino  
Calcas alzóse; persuadido estaba  
que, a su fin caminando las fatigas  
que ninguno igualó, ya los Aqueos  
iban, por fin, a hollar bajo los cascos  
de potros griegos la ciudad troyana.  
Y no se permitió de ningún modo  
dejasen de prestar ayuda el hijo  
Euripilo, de Eumón, Leonteo el bravo,  
ni Demofonte, ni Acamante, prole  
de Teseo los dos, ni aquel de Ortigia,  
Anticlo, muerto del caballo dentro,  
y sepultado en él por los Aquivos,  
que lloraban su muerte; ni tampoco  
Peneleo, Megeto, ni Antifates  
viril, ni Ifidamante, ni el de Pelias  
Euridamente sucesor, ni armado  
de su arco Anfidamante. Y tras de todos  
montó, sin vacilar, el que en su oficio  
tan ingenioso se mostrara: Epeo.

VII

LOS PREPARATIVOS DE LA INSIDIA

**I**MPLORANDO a la diosa de ojos verdes,  
 hija de Zeus, a la nave equina  
 caminaban veloces. Y Atenea,  
 componiendo un manjar de dioses propio,  
 lo puso allí para que no faltase  
 a aquellos que durante todo un día  
 en acecho han de estar, el alimento,  
 no fuera que sus piernas se doblaran,  
 exhaustos y afligidos por el hambre.  
 Y así como acontece cuando el frío,  
 coagulando vapores de las nubes  
 de pie veloz, esparce por las tierras  
 cultivadas los mantos de la nieve,  
 que, liquidada, su imponente flujo  
 deja escapar por la pendiente abajo  
 lanzándose en tumulto, y los fragores  
 del torrente nutrido en la montaña  
 oyendo con temblor, huyen las fieras  
 de su hueco cubil bajo el repliegue,  
 y en la entrada se quedan silenciosas,  
 las laderas mirando, y hambre aguda  
 sufriendo a su pesar, y con paciencia

## LA TOMA DE ILION

esperan el momento en que se calme  
la furia de las aguas, asimismo  
lanzándose en el cóncavo escondite,  
molestias insufribles soportaban,  
infatigables siempre, los Aqueos.  
A los cuales por dentro cerró puertas  
del preñado corcel el fiel vigía  
de aquel oculto indescifrable engaño  
portero Ulises. Y él desde la frente  
del caballo observaba; mas sus ojos,  
que todo desde allí lo ven, ocultos  
quedan a los que miran desde fuera.  
Entonces el Atrida, a los criados  
griegos mandó, que con los curvos picos,  
labrados con primor, el pétreo muro  
que ocultaba al caballo derribasen,  
a fin de abandonarle sin estorbos,  
y que visto por todos desde lejos,  
mostrase sus gallardas proporciones.  
Y los obreros, ante el real mandato  
de destrucción; ahondaban en la obra.  
Cuando el Sol, conduciendo las espesas  
tinieblas de la noche para el hombre,  
al Ocaso, calzado por las nubes,  
la luz que desde el Cielo manda el día  
iba inclinando, voz de pregoneros  
entonces se esparció sobre las tropas  
mandando huír, y hacia la mar profunda  
los navíos de bellos espolones  
arrastrar y soltarles las amarras  
que sujetan las popas. Y los que antes  
con las teas de pino resinoso

el ímpetu del fuego transmitieron,  
los que incendiaron las seguras vallas  
que las tiendas fortísimas rodean,  
ganaban la alta mar, abandonando  
el litoral Reteo, hacia el opuesto  
puerto de la ciudad que torres ciñen  
y Ténedos se llama, las cerúleas  
aguas surcando de Heles de Atamante.

## VIII

### LOS TROYANOS ENCUENTRAN EL CABALLO

**S**OLO, en verdad, con voluntarias llagas abiertas en su cuerpo, abandonado, quedó Sinón el Corciriano, jefe mentiroso, que engaños y asechanzas viles contra Troyanos encubría. Asimismo, también, cuando con redes de estacas, a las fieras circundando, que vagan por los montes, de cien ojos les pusieron reunidas emboscadas cazadores en bando, y sólo uno, de los demás aparte, oculto queda bajo espeso ramaje refugiado, escudriñando redes, en acecho de la pieza que caiga; de este modo con estigmas marcados los heridos miembros, un triste fin de Troya teje Sinón, y por los hombros hacia abajo de las ficticias llagas le fluía sangre abundante. Y el incendio mientras en torno de las tiendas se enfurece en el transcurso de la noche, el humo vomitando, en el ímpetu revuelto



del voraz torbellino. Y era Hefastos  
el que ordenaba con bramido horrible  
y huracanes contrarios sacudía,  
y soplaba también la misma madre  
del fuego-dios que nunca muere, Juno,  
que a los mortales manda sus fulgores.  
Ya, pues, a los troyanos y mujeres  
de Ilión llegaba al puntear del alba,  
en sombra aún, la fama vocinglera  
que denunciaba la enemiga huída  
con el penacho indicador del humo.  
Y rápidos entonces se lanzaron,  
las tardas en girar puertas abriendo,  
fuera de Ilión, jinetes y peones,  
derramándose, en fin, por la llanura,  
recelosos, no obstante, de que todo  
no fuera un nuevo engaño de los griegos.  
Unciendo mulas a veloces carros,  
de la ciudad al campo descendían  
con su monarca Príamo otros muchos  
ancianos regidores de la plebe,  
que retozaban de insensato gozo  
con juvenil agilidad, pensando  
que ya a todos sus hijos en paz deja  
el sanguinario Marte, y asimismo  
su propia ancianidad juzgando libre  
de fatigas y sustos. No por mucho  
tiempo, en verdad, llamados a alegrarse  
estaban, sin embargo, pues de Zeus  
la voluntad así lo decretaba.  
Pero ellos, cuando vieron el airoso  
cuerpo de aquel artístico caballo

## LA TOMA DE ILION

puestos en torno de él, lenguas se hacían de admiración, lo mismo que alborotan viendo un águila fuerte, y dan agudos gritos alrededor, los grajos, de ella. En confusión cayeron unos y otros, pensando lo que hacer; era espinosa la solución, porque unos, fatigados de aquella guerra, causa de dolores, y odiando aquel caballo, que parece obra de griegos, estrellar querían en hondo precipicio su trabajo, o con hachas cortantes de dos filos en menudos pedazos deshacerlo. Pero otros, confiados en las muestras de la recién pulida obra de arte, aconsejaban el marcial caballo a dioses consagrar, y así sería de la enconada guerra con los griegos un recuerdo expresivo en lo futuro.

BIBLIOTECA

INSYRUPY PRIVINCAI

SORIA

## IX

## LA DOBLEZ DE SINÓN

**M**IENTRAS deliberaban los troyanos,  
lleno de cardenales por doquiera  
y el cuerpo en desnudez, por la llanura  
dejó ver su figura lamentable  
un varón; sangre indigna en unas llagas  
insoportables, huellas perniciosas  
de los azotes ágiles, traía.  
Rápido el hombre, haciéndose un ovillo  
de Príamo a los pies, con suplicantes  
palmas a las rodillas temblorosas  
asido del anciano, e implorando  
su protección, tejido de mentiras,  
hizo aquel hombre oír este discurso:  
«—Si tuvierais piedad de uno que en naves  
de Argivos navegó; si la existencia  
conservarais a un mísero que puede  
salvar a la ciudad de los troyanos,  
¡oh, Dardanío, varón que empuña cetro!...  
Con el más enconado de los odios  
miro a los griegos: sin temor alguno  
a castigo de dioses, me ultrajaron,  
sin crimen yo, malvados y crueles

## LA TOMA DE ILION

siendo conmigo, como siempre fueron.  
Así también a Aquiles los honores  
arrebataron sin razón; lo mismo  
aislaron sin piedad a Filoctetes,  
envenenado por la Hidra; en tierra  
sin vida a Palamedes arrojaron  
por envidia no más, y ahora inauditas  
cosas conmigo hicieron en su loco  
orgullo heridos, porque yo no quise  
en sus naves huír; porque a quedarse  
exhorté yo también a mis amigos.  
Ciegos de vanidad (porque el orgullo  
perturba la razón), me desnudaron  
de mis ropas, y herido todo el cuerpo  
por vergonzosos látigos crueles,  
me dejaron en playas extranjeras.  
Oye, piadoso rey, la voz de Zeus,  
que ampara al que suplica. Pues motivo  
de gozo para griegos será grande  
si permitís que yo bajo las manos  
de Troyanos perezca, siendo huésped  
que pide protección; pudiendo a todos  
vosotros ayudar, para que nunca  
os asalte el temor de que el Aqueo  
vuelva a traer a la ciudad la guerra.»  
Así el traidor habló, y el rey anciano  
calmó sus ansias con palabras dulces:  
«—Extranjero, no temas tú tampoco  
unido a los Troyanos; ya escapaste  
a la insolencia vil de los Aquivos,  
y amigo nuestro siempre, ni tu patria,  
ni opulentos palacios, con nosotros

de menos has de echar. Mas ven y dime:  
¿Qué te parece a tí que este caballo  
maravilloso nos traerá? ¿motivo  
debe ser de temor? También tu nombre  
dime y tu patria, y dime de qué tierras  
las naves te trajeron.» Confiado  
en el monarca ya, ladino el héroe,  
así le contestó: «—De todo debo  
hablarte agradecido, pues lo mandas.  
Es mi ciudad natal Argos, y el nombre,  
que me dieron, Sinón; se llama Esimo  
mi anciano genitor. Y ese caballo,  
anunciado a los Griegos hace tiempo,  
lo ha fabricado Epeo. Por los dioses  
determinado está que si su mole  
permitís que se quede en este sitio  
en que está colocada, la Troyana  
ciudad ante la lanza de los Griegos  
se ha de rendir; mas si sagrada ofrenda  
hacéis de él a los dioses, y en las naves  
de su templo Atenea lo recibe,  
no volverán los Griegos, hoy huídos,  
a renovar la interminable lucha.  
Acabemos ya, pues: por todas partes  
con cadenas atadlo, y todos juntos  
en torno de él, llevemos a la magna  
Acrópolis de Troya este caballo  
con sus riendas de oro. Que Atenea  
protectora de Ilión, sus pasos guíe,  
y la artísticamente trabajada  
ofrenda se apresure por sí misma  
en su templo a acoger.» Nada más dijo.

## X

## ENTRADA DEL CABALLO EN ILIÓN

**Y** el Rey, cuando acabó Sinón, ordena que le den a vestir capa de lana y túnica. Y entonces los troyanos, con correas de piel de toro fueron, y retorcidos cables, las amarras poniendo en torno, y las veloces ruedas, sobre el llano al girar, tirando iban del instrumento asaltador, repleto de héroes aristocráticos. Delante flautas y liras moduladan cantos en armónicas voces. ¡Desgraciada raza de estultos hombres que las brumas no aciertan a sondar de lo futuro! Con imprudente y prematuro gozo grita la multitud, e ignora a veces que va derecha a acelerar su ruina. Y qué calamidad a los Troyanos, qué destrucción de vidas avanzaba, yendo a placer, a la ciudad, y yendo con músicas y cánticos, ninguno de los hombres sabía, pues que iban atrayendo hacia Ilión, impetuosos,

un espantoso interminable luto.  
Flores de la cuajada de rocío  
cuenca fluvial segando, rodeaban  
con guirnaldas el cuello, en que la trenza  
se erguía de la crín de su verdugo.  
La tierra, triturada bajo el bronce  
pesado de las ruedas, sordamente  
mugía, y por las mismas restregados,  
con estrépito rudo, iban los hierros  
gimiendo de los ejes, rechinaban  
las juntas de los cables, y extendida  
y crugiente, exhalaba la cadena  
espirales de polvo ennegrecido.  
Un clamor, un estrépito frecuente  
se alza de los que tiran; brama el monte  
Ida en las espesuras de las sombras  
de encinas a las Ninfas consagradas;  
lanza gritos también del río Janto  
el agua que en cien giros se retuerce,  
y con agudo són la embocadura  
del Simois retiembla, y en el cielo  
la trompeta de Zeus predecía  
oráculos de ruina que amenaza.  
Y la van conduciendo, sin embargo,  
y no dejan de andar; y era el camino  
áspero, entorpecido por arroyos,  
y nunca a la planicie semejante.  
El caballo veloz era llevado,  
por los que tiran de él, junto a las aras  
consagradas a Marte, y de sus fuerzas  
rudas envanecerse parecía.  
Y Atenea también con fuerza empuja,

## LA TOMA DE ILION

en las recientemente fabricadas  
grupos las manos apoyando. E iba  
por tal razón corriendo, sin que nadie  
le pudiera alcanzar, y del espacio  
a través, más veloz que aguda flecha,  
el monstruo se lanzaba, y con su impulso  
en ágil caminata, en grandes brincos,  
iba haciendo avanzar a los Troyanos  
hasta acercarse a las Dardanias puertas.  
Pero, ah, que eran estrechos los batientes  
para el que quiere entrar, y tuvo Juno,  
hasta dejar la ruta practicable,  
que detener al monstruo en su carrera.  
Las jambas ensanchó; desde las torres  
Poseidón el dintel de las ya holgadas  
puertas abajo echó con su tridente.  
Y ya el caballo en la ciudad, por medio  
de las calles, bullendo a un lado y otro  
las mujeres de Troya, ya doncellas,  
ya casadas y expertas en Lucina,  
daban vueltas con cantos y con danzas  
a la estatua de palo, e iban otras  
empapando las gotas de rocío  
posadas como un vello delicado  
sobre el corcel, en mantas y tapices,  
hechos de rosas, puestos sobre el lomo.  
Y otras del cinturón, en la marina  
púrpura tinto, los tramados hilos,  
que están sobre los senos, desatando,  
con adornos de telas primorosas  
al caballo envolvían; y hubo alguna  
que tapadera de tinaja inmensa

hizo saltar, y de azafrán dorado  
rociando el néctar del mezclado vino,  
sahumó la tierra en perfumadas heces  
empapada de aquél. La vocería  
viril con el femineo grito junta  
lanzábase, y alegre la algazara  
se mezclaba de niños con las voces  
de grave ancianidad. Y cual del rico  
Océano emigrando, precursoras  
del mal tiempo las grullas, en bandadas  
trazan, graznando, un círculo en el aire,  
y con su errante danza, a los labriegos,  
para su campo gritan muerte y ruina,  
así por la ciudad, lanzando agudos  
gritos y caminando con desorden,  
las gentes a la Acrópolis llevaban  
el caballo preñado de guerreros.

## XI

### CASANDRA

**M**AS, de un dios inspirada, una doncella,  
hija del rey, permanecer no quiso  
bajo el techo de Príamo, su padre;  
sino, rasgando cintas de sus ropas,  
corrió como novilla, herida, corre  
veloz cual viento, a la que el dardo agudo  
del tábano picó, que hostiga bueyes,  
y ni al rebaño mira, ni a gañanes  
presta atención, ni de pastar se acuerda,  
sino aguijada salta los vallados.  
Tal, del dardo divino atarazada,  
lleva su errante corazón la virgen  
acá y allá, y el consagrado a Apolo  
laurel agita con furor. Y a un lado  
y otro brama por medio de la urbe,  
y ni a padres ni a amigos obedece  
la joven, además abandonada  
del virginal pudor. No tanto en bosques  
nunca, a mujer de Tracia, sugestiva  
flauta excitó del montaraz Dioniso,  
ni tocada del dios, la extraviada  
pupila tiende, ni la crín sacude

ya sin la bñda de la hiedra obscura,  
como Casandra, en alas de la mente  
por el dios vivamente sacudida,  
enloqueció. Y la libre cabellera  
mesando sin cesar e hiriendo el pecho,  
con desirantes voces exclamaba:  
«—Oh, necios, conduciendo el monstruoso  
caballo, ¿adónde vais? ¿Tan insensatos  
sois para enloquecer, y a la postrera  
noche partir, y al término del sitio,  
y al sueño de que no se vuelve nunca?  
De enemigos es éste un jubiloso  
tropel marcial; con él quizás se cumplan  
los dolorosos sueños de la triste  
Hécuba, y con la guerra terminada,  
acabará del año la pereza.  
Tal se acerca emboscada de caudillos,  
que con brillantes armas de combate,  
bajo noche obscurísima, el caballo  
robusto parirá; que pies a tierra,  
guerreros expertísimos, de pronto  
al combate echarán, ardiendo en ira.  
No sospechan, sin duda, las mujeres  
que a este caballo empujan, que sufriendo  
va dolores de parto, y que varones  
crecidos dará a luz; pero la misma  
diosa generadora que lo hizo  
ha de acudir, y su repleto vientre  
abriendo, como experta comadrona  
de este parto de lutos, sus clamores  
de guerra lanzará la de ciudades  
destructora Atenea. Ya purpúreo,

## LA TOMA DE ILION

dentro de esa muralla coronada  
de torres, mar de sangre alzarse veo  
con oleaje de matanza; vendas  
conyugales de esposas, de la frente  
bajan a aprisionar cándidas manos,  
mientras bajo esos leños aún se oculta  
el incendio. ¡Ay de mí, por mis dolores,  
y ay de mí, por los tuyos, patria mía!  
Un poco de ceniza ante mis ojos  
pronto serás; se extinguen ya los muros  
obra de dioses; de raíz se arrancan  
de Laomedonte los cimientos hondos.  
También lloro a vosotros, padre y madre.  
¿Me podréis desmentir los dos ahora?  
Porque tú, padre amado, sordo ruido  
habrás hecho al caer, y junto al ara  
del magno Zeus, amparo de tus techos,  
inerte yacerás; y a ti los dioses,  
madre de nobles hijos, madre mía,  
te harán perder tu condición humana,  
y atacada de rabia, como perra,  
restos defenderás de tus cachorros.  
Divina Polixena, a ti que yaces  
bajo la tierra patria, no más tiempo  
te lloraré. ¡Ojalá que algún Argivo,  
cuando aquellas angustias de tu muerte  
me hiriese a mí también! ¿De qué me sirve  
haber vivido más, si me reserva  
muerte más miserable mi destino  
en extranjera tierra sepultada?  
Una dueña despótica estos dones  
dispone para mí, tras de fatigas

innumerables, y urde para el mismo  
 monarca Agamenón suerte funesta.  
 Despertad vuestro espíritu; las cosas  
 que os señalo aprended; ahorrad dolores  
 y la nube ahuyentad que os enloquece  
 de esta plaga que os mandan por castigo.  
 Romped, con hachas, del tremendo bruto  
 el dilatado cuerpo, o en el fuego  
 sus tablas consumid; esos traidores  
 hombres que oculta, sin salir, perezcan,  
 y vuélvase el caballo para todos  
 tormento y destrucción. Y en un banquete  
 convidémonos mientras, y en la danza  
 cantando nos lancemos, elevando  
 cráteras por la amable independencia.»  
 Ella en verdad habló, y a ella, no obstante,  
 nadie creía; que a Casandra Apolo  
 hizo a un tiempo adivina y sospechosa.  
 Y a ella el padre increpó con amenazas:  
 «—¿Qué demonio otra vez, mala agorera,  
 te trajo temeraria e impudente?  
 En vano tus ladridos nos exhortan.  
 ¿Aún no se cansa tu alma de locuras,  
 ni se harta de furores importunos,  
 que, odiando a nuestros huéspedes, acudes  
 aquí también, cuando a nosotros todos  
 día de libertad muestra el Cronida  
 Zeus, y naves de los Griegos barre?  
 Ya no más vibrarán en alto lanzas,  
 ni arcos se tenderán; no más chasquidos  
 de espadas; ya enmudecen las saetas.  
 Mas sí bailes y cantos, como suelen

## LA TOMA DE ILION

dulces sonar en la victoria. Madres  
no temen por sus hijos, ni a la lucha  
enviado el varón, lo llora muerto  
mujer viuda. Ya el caballo acoge  
en su templo Atenea, amparadora  
de la ciudad. Doncella temeraria,  
tú sola de la casa saltas, y haces  
el mendaz vaticinio enfurecida,  
e inútilmente afliges y perturbas  
religiosa ciudad. Vete. A nosotros  
cantar toca y beber. No más de Troya  
bajo muros el miedo late, y falta  
tu fatídica voz no hace ninguna.»  
Así hablando, mandó llevar la virgen  
loca al recogimiento de su lecho.  
Y, protestando, al padre obedecía.  
Y sobre el virginal lecho arrojada,  
lloraba, conociendo su destino:  
porque veía ya sobre los muros  
de la incendiada patria vivo fuego.

## XII

## HELENA

**Y** mientras, los Troyanos de la diosa  
tutelar bajo el templo, ya segura  
en bien pulido pedestal la bestia,  
asaban bellas víctimas en aras  
que a grasas huelen, y los inmortales  
la inútil hecatombe repelían.  
Reina el festín populachero; se alza  
inmensa la insolencia; la insolencia  
que aumenta la embriaguez, obra del vino  
depravador de hombres: la estulticia  
se ostentaba, y en vino y en locura  
holgaba toda la ciudad; las puertas  
sin guardia apenas, y la luz moría;  
y la alma noche destrucción trayendo  
a la encumbrada Ilión, la circundaba,  
cuando a la argiva Helena, en la figura  
de encanecida vieja se aparece  
astuta y con engaños Afrodita,  
y llamándola aparte, así le dice  
con persuasiva voz: —«Joven amable,  
te llama tu marido Menelao,  
arrogante guerrero, que está oculto

en el caballo de madera, donde  
jefes aqueos, que por causa tuya  
luchan, se esconden. Anda, pues, acude.  
Ya de Príamo el viejo no hagas caso,  
ni de troyano alguno, ni aun del mismo  
Deífobo; te devuelvo al laborioso  
Menelao.» Esto habló la diosa, y luego  
fuése; y Helena, en lo hondo seducida  
por la ficción, el lecho perfumado  
abandona, en que el cónyuge Deífobo  
durmiendo sigue. En tanto que se aleja,  
las mujeres troyanas, que arrastraban  
largas túnicas, la iban admirando.  
Cuando al templo de pórtico sublime  
de Atenea llegó, quedóse absorta  
ante la masa enorme de la bestia  
preñada de hombres. Tres veces en torno  
del caballo giró, y a los argivos  
para excitar, a todas las mujeres  
de hermosas cabelleras de los griegos  
iba nombrando con la voz más queda.  
Y ellos, dentro, se afligen en el alma,  
reprimiendo en silencio amargo llanto.  
Y gimió Menelao a Helena oyendo,  
y Diomedes lloró por Egialea,  
y el nombre de Penélope hizo a Ulises  
presa de la aflicción. Y sólo Anticlo,  
al estímulo dulce de Laodamia,  
quiso respuesta dar, la puerta abriendo.  
Pero Ulises saltó; con ambas manos  
cayendo sobre aquél, cerró la boca  
imprudente, y los labios comprimidos



con el firme dogal le mantenía.  
Y el infeliz saltaba, en manos preso,  
huyendo el mortal lazo que condena  
a silencio letal, y al fin le falta  
resuello y vida. Y los Aqueos todos,  
con silenciosas lágrimas llorando,  
echan al hueco muslo aquel cadáver  
frío, cubierto de lanar mortaja.  
Y a otro griego quizás así perdiese  
la dolosa mujer, si no a sus ojos  
cual horrenda visión apareciendo  
desde los cielos Palas, conminado  
la hubiera, y a su templo preferido  
la llevara, visible sólo a ella,  
y no le hubiera dicho con voz dura:  
«—Miserable, ¿hasta aquí también te traen  
ansias de crimen y de ajenos duelos  
y de Cipris maldad? ¿Aún no te dueles  
de tu esposo primero, ni a tu hija  
Hermione ansías? ¿Y aun a los troyanos  
ayudas? Corre; a lo más alto sube  
de la mansión, y con propicio fuego  
recibe ya lacedemonias naves.»  
Así de la mujer la vana intriga  
desbarató. Y a Helena ya llevaban  
sus propios pies a lo alto de la torre.

### XIII

#### VUELTA DE LAS NAVES GRIEGAS

**Y** los troyanos, de bailar dejando,  
rendidos de fatiga, ya caían  
en profundo sopor; y las forminges  
se rendían también; flautas cansadas  
yacían junto a vasos, y una mezcla  
de muchos vinos espontáneamente  
de las dormidas manos se vertía.  
El silencio vagaba por la urbe,  
aliado de la noche, y ni un ladrido  
de los canes se oía, y toda muda  
se tiene la ciudad, llamando muertes,  
y resuellos, y estrépitos de guerra.  
El plato de la muerte, en la balanza  
de los troyanos, ya inclinaba Zeus,  
regulador de luchas, cuando hizo  
dar la vuelta a los griegos. Y de Troya  
a su templo opulento de la Licia  
triste se retiró, ruinas llorando  
de los excelsos muros, Febo Apolo.  
Y a los griegos, veloz, desde la tumba  
de Aquiles la señal Sinón ostenta  
de tea ardiente. Y toda aquella noche

desde su torreón también la misma hermosa Helena alzaba a sus amigos dorada antorcha. Igual que cuando plena con glauco fuego de la faz la Luna dora espléndido cielo, no se afila puntas de cuernos ni penumbras finge al comienzo del mes, reciente el orto, sino que ya completa su mirada orbicular la redondez, y atrae rayos solares del opuesto lado.

Así, radiante la Terápnea Ninfa, rosado brazo levantaba entonces, sostenedor de la propicia llama.

El brillo de la lámpara, en el aire suspensa, viendo, naves compelieron curso a doblar los griegos diligentes, y todo nauta apresurado iba ansiando el fin de prolongada guerra.

A un tiempo navegantes y soldados valientes, a remar se estimulaban; las naves, por su parte, más veloces que el vendaval, al ímpetu obedientes, de Poseidón con el auxilio, arriban a Ilión. Y luego allí, saltó primero tropa de a pie, que avanza; detrás queda la de a caballo, no fuera que en Troya se despertara el pueblo, a los relinchos.

## XIV

## SACO Y DESTRUCCIÓN DE TROYA

**Y** del cóncavo vientre del caballo  
se iban saliendo los guerreros reyes,  
cual de la encina abejas, que, labrada  
cera ya para miel en la colmena  
capaz, habilidosas, por el valle  
cóncavo se dispersan tras del pasto,  
y clavan su aguijón al transeúnte.  
Los Dánaos así, de su escondite  
corridos los cerrojos, irrumpieron  
en los Troyanos, que, aún en cama, hallaban  
muerte a hierro, en horribles pesadillas.  
La tierra, pues, nadaba en sangre; alzóse  
gran clamor de Troyanos fugitivos,  
y la sagrada Ilión era pequeña  
para tantos cadáveres. Los Griegos  
en sangriento tumulto se lanzaban  
aquí y allá rabiosos cual leones,  
de cuerpos recién muertos empedrando  
las calles. Las Troyanas en los pisos  
altos escuchan el fragor, y algunas,  
aún de la amable libertad sedientas,  
sus cuellos presentaban a la muerte

ante maridos vacilantes; cubren  
hijos caros (igual que golondrinas,  
veloces a los suyos bajo alas)  
madres llorando; grita una doncella  
ante el cadáver de su novio, y corre  
a la muerte también; no quiere suerte  
seguir de prisioneros, en la lucha;  
sino al odiado matador irrita,  
y halla lecho común con el amante.  
Muchas, gestando aún el inmaturo  
y no viable feto, de su vientre  
forzado abortan, y ellas con el hijo  
rinden el alma, con suplicio horrible.  
Toda la noche, en la ciudad, danzaba,  
cual torbellino hirviente, en tumultuosas  
ondas de guerra, ebria de sangre pura,  
ultrajante, Belona. Al mismo tiempo  
la Discordia, elevando la cabeza  
hasta el cielo, a los Griegos concitaba;  
porque el cruento Marte, irresoluto,  
victoria alternativa repartía,  
y daba a Griegos inconstante auxilio.  
Y resonó en la Acrópolis, batiendo  
broquel de Dios, su égida Atenea;  
tembló el éter con Juno presurosa,  
y bramó la ancha tierra, por la espada  
tricipite golpeada de Neptuno;  
se horrorizó Plutón, y de las sedes  
infernales corrió, temiendo acaso  
que, irritado de más Zeus, la raza  
entera de los hombres le llevase  
Hermes, el conductor de almas, al Orco.

## LA TOMA DE ILION

Todo era confusión; carnicería  
revuelta. A los que huían a las puertas  
Esceas, los mataban los que estaban  
apostados allí. Y alguien del lecho  
surge, y armas buscando, de improviso  
se atraviesa en su lanza. Y algún otro  
hombre se esconde en una obscura casa,  
y llama, extraño siendo, a los que juzga  
que amigos son, y encuentra, desdichado,  
que no gente benévola le acoge,  
sino enemigos huéspedes. Se asoma  
el otro a un mirador, y antes que pueda  
nada ver, un veloz dardo le hiere.  
Otrós, de vino malhechor hinchados,  
asombrados del ruido, se apresuran  
a bajar, y no aciertan la escalera,  
y de los altos pisos, sin saberlo,  
caen de cabeza, y desnucados mueren,  
rota la espina y vomitando vino.  
Muchos, en un lugar acumulados,  
se matan entre sí luchando; muchos,  
arrojados de torres, el postrero  
salto brincaron, de Plutón al fondo.  
Pocos, en antro angosto, cual ladrones  
escondidos, en tanto que la patria  
perece, huyeron la tormenta; algunos  
entre lucha y tinieblas fluctuantes,  
no pudieron huír, y como muertos,  
caían unos sobre otros. La urbe  
rebosaba sangriento lodo, vacua  
de vivos, de cadáveres repleta.  
Piedad ninguna había; del furioso

azote del tumulto vigilante  
los hombres incitados, sus respetos  
negaban a los dioses, al impulso  
de la maldad; las aras impasibles  
de la divinidad manchan con sangre.  
Misérrimos ancianos perecían,  
no erguidos, de rodillas en el suelo,  
demandando perdón, y sus cabezas  
canas rodaban con inicua muerte.  
Muchos niños de pecho, de la ubre,  
gustada apenas, eran arrancados,  
e inocentes pagaban de sus padres  
las culpas, y de no agotada leche  
al niño en vano presentando el chorro,  
la nutridora madre lo emitía.  
Aves y perros, por doquier cruzando  
aire y tierra, amistosos comensales,  
sangre negra bebiendo, disfrutaban  
del horrendo manjar: de ellas los gritos  
muertes cantaban; con feroces, ellos,  
instintos, ladran junto a muertos hombres;  
nada respetan, y a sus mismos amos  
desgarran sin piedad. Y se encamina  
entonces al palacio de Deifobo,  
seductor de mujeres, con Ulises,  
el de peinados rizos Menelao;  
castañeteando van ambos los dientes  
como dos lobos, ávidos de sangre,  
que en la noche invernal las no guardadas  
ovejas buscan, y destruyen obra  
fecunda de pastor. Allí, aunque fueron  
dos solos a atacar inmensa turba

## LA TOMA DE ILION

hostil, una inaudita lucha surge,  
entre los que irrumpían de una parte,  
y los que, de otra parte, se hacen fuertes  
en la alcoba nupcial, y están de arriba  
lanzando piedras y mortales dardos.  
Pero entonces cabezas arrogantes  
bajo los cascos fuertes protegiendo  
con los escudos, en la inmensa casa  
penetraron; y mientras turba débil,  
cual fiera a ciervos tímidos, destroza  
Ulises el Atrida, de otro lado  
Menelao a Deifobo, que temblaba,  
lo alcanzó, y por en medio hiriendo el vientre,  
hígado le echó fuera e intestinos  
resbaladizos. Y ahora allí el cadáver  
su vigor olvidó de caballista.  
Y al marido, temblando, la consorte  
ganada con la lanza, sigue ahora,  
ya bendiciendo el fin de sus angustias,  
ya encendida en rubor, y ahora, aunque tarde,  
como en sueño, ocultando sus gemidos,  
se iba acordando de su amada patria.  
El Eácida Neoptólemo, entretanto,  
al viejo rey, a quien la pena abrumba,  
mató ante el ara Hercea, la paterna  
piedad abominando: ni sus preces  
oyó, ni canas respetó, que iguales  
blanquearon en la frente de Peleo,  
y por las cuales quebrantó sus iras,  
y al viejo, en medio de ellas, perdonara  
antes Aquiles. ¡Infeliz! Un Hado  
semejante también al mismo Pirro

ante las aras del veraz Apolo  
había de postrar, andando el tiempo,  
cuando, huésped del sácro templo un día,  
un Déléfco varón, con su cuchillo  
hierático, lo hiriese y lo matara.  
Precipitado de elevada torre  
cual mísero guiñapo, por la mano  
de Ulises viendo Andrómaca al pequeño  
Astiánax, lo lloraba locamente,  
Y Ajax de Oileo rápido a Casandra  
estupró, prosternada de rodillas  
de la casta Atenea en los altares.  
Y esta diosa, enemiga de violencias,  
defensora de vírgenes, por uno,  
en ira ardió contra los Griegos todos.

BIBLIOTECA  
DEL  
INSTITUTO PROVINCIAL  
SORIA

**S**ECRETAMENTE a Eneas Afrodita  
y a Anquises libertó, de padre e hijo  
compadecida, y lejos de su patria,  
los trasladó a la Ausonia, de los dioses  
el decreto cumpliendo, con la venia  
de Zeus, porque eterno el mando fuese  
de los hijos y nietos de la amada  
de Marte, Citerea. Y a los hijos  
y raza de Antenor, que un Dios semeja,  
el Atrida amparó, considerando  
del viejo hospitalario los favores  
recibidos; la mesa que le puso  
la dulce esposa de Antenor, Teano.  
Triste Laodica, a ti junto a tu patria  
la tierra te abrazó y abrió su seno;  
ni el Teseida Acamante, ni ninguno  
de los Aqueos te llevó cautiva,  
y con tu patria tierra feneciste.  
Mas yo todo el estrago de la guerra  
no he de cantar, diciendo uno por uno  
de aquella noche los dolores todos.  
Las musas se fatigan. Cual caballo

que ha alcanzado la meta, el canto mío  
toca a su fin. Que ya por el Oriente,  
al surgir del Océano poco a poco,  
va ganando gran parte del espacio  
y disipando la cruenta noche  
la ecuestre Aurora con su albor. Los Griegos,  
de su triunfo engraidos, por doquiera  
inspeccionaban la ciudad, por si alguien  
se escapara, escondido, a la matanza.  
Pero, ah, que todos ya cogidos fueron  
en el lazo mortal, igual que peces  
en red de pescador sobre la arena  
yacen de playa. E iban los Argivos  
de los templos los sacros ornamentos  
robando y las ofrendas de los hombres,  
y de casas desiertas sustraían  
muchos objetos de valor. Al mismo  
tiempo, mujeres con sus hijos llevan  
brutalmente cautivas a las naves.  
Y la incendiaria tea a las murallas  
aplicaron, y la obra de Neptuno  
en una sola llama destruyeron.  
Y túmulo a sus caros ciudadanos  
sepultos Troya fué con sus cenizas.

## XVI

## EPÍLOGO

**A**L ver a Hefaiſtos, destructor de urbes,  
a Troya con su fuego consumiendlo,  
y reemplazar, con él, su rabia Juno,  
lleno de asombro el Janto, con corriente  
de gemidoras lágrimas amargas,  
a Ilión lloró. Los Griegos entretanto,  
la sangre al derramar de Polixena  
sobre una tumba, el ánima de Aquiles  
iracunda aplacaban. Las mujeres  
troyanas, y de Pérgamo las joyas  
sorteaban entre ellos, repartían  
oro y plata además, la plata y oro  
que, cargando en sus naves de ancho vientre,  
al gravísono mar encomendaron,  
haciéndose a la vela desde Troya,  
acabada la guerra, los Aquivos.

BIBLIOTECA  
DEL  
INSTITUTO PROVINCIAL  
SORIA



# CAIDA DE TROYA

(LIBRO SEGUNDO DE LA ENEIDA)

## I

### ESTRATAGEMA DE LOS GRIEGOS PARA TOMAR A TROYA

**E**NMUDECIERON todos y alargando  
la cerviz, reprimían los alientos.  
Desde su alto almohadón el padre Eneas  
habló así:— Oh Reina, pena inexplicable  
me ordenas renovar; cómo troyanas  
riquezas, y aquel reino infeliz, Dánaos  
han arruinado; cosas que yo mismo  
vi y en las que tomé tan magna parte.  
¿Quién tales hechos relatara, siendo  
ya Mirmidón, ya Dólope o ya duro  
sayón de Ulises, sin verter el llanto?  
Y húmeda ya la noche se derrama  
del cielo, y ya los astros que declinan  
invitan a los sueños. Mas si tienes  
tal ansia de saber desdichas nuestras  
y de Troya el supremo sufrimiento  
sin más demora oír, aunque mi alma

rechace con horror el recordarlo  
y se abata con honda pesadumbre,  
comenzaré. Extenuados por la guerra,  
repelidos del Hado los caudillos  
Dánaos, y deslizados tantos años  
ya, un caballo tan grande como un monte,  
con la divina habilidad de Palas,  
construyen, y cubrieron sus costillas  
con abeto hecho tablas. Y simulan  
voto en pro de la vuelta. Estos rumores  
acá y allá se esparcen. Sorteados  
los jefes, fuertes cuerpos de hombres entran  
furtivamente en el costado, y lo hondo  
del útero y cavernas anchas, nutren  
de gente armada. Está a la vista una isla  
de fama universal: Ténédos. Tuvo  
abundante opulencia mientras reinos  
de Príamo hubo en pie. Ahora es tan sólo  
una ensenada, y un refugio a naves  
poco seguro. A esta isla se dirigen  
y a su desierto litoral se acogen.  
Nosotros, no dudamos que se habían  
ido con viento próspero a Micenas.  
Y toda Teucría se quitó ya el luto.  
Se abren las puertas, e ir a ver agrada  
lo que antes era campamento aquí;  
los desiertos lugares y la costa  
abandonada. Aquí estaban las huestes  
de los Dólopes; tuvo aquí sus tiendas  
Aquiles el cruel; en esta rada  
fondeaban las flotas; en tal sitio  
muchas veces las tropas pelearon.

## CAIDA DE TROYA

Una parte se pasma y cree la ofrenda  
a Minerva impoluta, sospechosa;  
otros la mole del caballo admiran.  
Y Timetes, de pronto, a que se lleve  
intramuros exhorta, y se coloque  
en el alcázar. O hubo dolo, o quiso  
el Hado así forjarlo para Troya.  
Pero Capis y algunos más discretos  
o al piélagó de Dánaos las insidias  
y sospechosos dones echar mandan,  
y quemarlos con llamas por debajo,  
o explorar, con barrenas, escondrijos  
del hueco vientre. E indeciso el vulgo,  
en contrarios anhelos se divide.  
Delante, allí, de toda una caterva  
grande de gente, del alcázar baja  
Laocoonte sofocado. Y desde lejos:  
— «Miseros ciudadanos— grita—: ¿cómo  
locura tal? ¿juzgáis que de los Dánaos  
algún don carecer de dolo puede?  
¿No conocéis a Ulises? O este leño  
oculta Aquivos encerrados, o esta  
máquina fabricóse en nuestros muros  
para mirar las casas, y por alto  
entrar en la ciudad. Si no, algún otro  
peligro esconde. Desconfiad, oh Teucros,  
de ese caballo. Fuere lo que fuere,  
temo a los Dánaos que me ofrecen dones.»  
Esto dicho, su inmensa lanza blande  
con ímpetu viril contra el costado  
del animal y en su curvado vientre  
abre una raja. El ástil detenido



retiembla, y en el útero percuso  
suenan lo hueco, las cavernas lanzan  
prolongado gemido. Y si los Hados  
divinos, si la propia inteligencia  
tan contrarios no fuesen, impulsaran  
con hierro los Argólicos refugios  
a deformar: ¡y Troya, aún estarías  
en pie; y soberbio alcázar de mis reyes,  
existirías!

## SINÓN

**V**ED ahora entretanto,  
con las manos ligadas a la espalda,  
llegar un joven, que, con gran tumulto,  
al Dardánida rey ciertos pastores  
traían. Es el tal, desconocido  
a los que llegan; espontáneamente,  
para urdir esta trama, abriendo Troya  
a los Aquivos, se entregó, confiado  
en su valor, dispuesto a ver triunfante  
su enredo o recibir segura muerte.  
Por todas partes juventud troyana,  
con deseos de verle, se atropella  
alrededor; la multitud compite  
en insultar al preso.—Reina, ahora,  
oye insidias de Dánaos. Por un solo  
crimen a todos juzga. Del concurso,  
como turbado, en medio, el preso inerme  
se detuvo, y sus ojos giró en torno  
sobre la Frigia multitud:—«¿Qué tierra,  
ay—dijo—ahora, qué mares me pueden  
aceptar, ni qué queda ya en el mundo,  
miserero, para mí? Que en parte alguna

tengo lugar: los Dánaos me rechazan,  
y encima, los Dardanos ofendidos  
demandan contra mí penas con sangre.»  
A este clamor, los ánimos se mudan,  
todo ímpetu se enfrena. Le exhortamos  
a hablar; a que nos diga cuál su origen  
es, y qué se propone, y quién responde  
por el cautivo. Al parecer repuesto  
del sobresalto, habla por fin:—«Entera  
verdad, oh Rey a ti, lo juro, ocurra  
lo que quiera, expondré—dijo—. No niego  
mi descendencia Argólica: ante todo,  
esto: que si la suerte a Sinón hizo  
mísero, no querrá, sañuda, hacerlo  
vano y mendaz. Acaso, por palabras  
de alguien, habrá llegado a tus oídos  
del Bélida Palámedes el nombre,  
su ínclita fama y gloria: al cual Pelasgos,  
por denuncia falaz, en juicio inicuo,  
por el delito de impedir la guerra,  
lo enviaron a la muerte. Ahora, privado  
de luz, lo lloran. A él, por compañero,  
consanguíneo cercano, un padre pobre,  
armas a ejercitar en tiernos años  
envióme allá. Mientras mi primo estaba  
respetado en el reino, y en consejos  
de reyes influyó, también yo obtuve  
nombre y prez. Mas después que, por la envidia  
de Ulises el falaz (no hablo de cosas  
desconocidas) él halló refugio  
en supremas regiones, yo afligido  
arrastré una existencia en las tinieblas

## CAIDA DE TROYA

y en el luto, y a solas me indignaba  
de mi inocente amigo la caída.  
Y yo, insensato, no callé; y si alguna  
suerte me alzase; si a mi patrio Argos  
alguna vez, tras de vencer, volviera,  
me jacté de vengarlo, y con mis frases  
ásperos odios removí. De entonces,  
mi primer resbalón en la desgracia;  
desde entonces Ulises ya con nuevas  
acusaciones aterrarme siempre;  
de aquí, esparcir hablillas entre el vulgo,  
y en la complicidad rebuscar armas.  
Y no descansó, pues, hasta que aliado  
con Calcas... Pero ¿a qué yo ingratas cosas  
revuelvo inútilmente? ¿Por qué pierdo  
el tiempo más? Si a todos los Aquivos  
medís con un rasero, ya es bastante  
lo que oís; ahora mismo elegid pena.  
Esto el de Ítaca quiere, y con usura  
pagarán los Atridas.» Pero entonces  
de preguntar ardimos en deseos  
y de inquirir las causas, ignorantes  
de tanto crimen y arte de Pelasgos.  
Y él temblando siguió, y habló con dolo:  
— «Muchas veces los Dánaos desearon  
a Troya abandonar; de tanta guerra  
cansados, retirarse a sus hogares.  
¡Así lo hubieran hecho! Muchas veces  
la borrasca en el ponto les opuso  
su furor, y aterraronles los Austros.  
Y más cuando este potro construído  
con vigas de acebuche en pie ya estuvo,

pues el trueno sonó por todo el éter.  
Suspensos, a Eurípilo a que consulte  
oráculos de Febo remitimos,  
y él de los templos estas tristes frases  
nos trasladó: «Con sangre de una virgen  
calmasteis vientos, Dánaos, la primera  
vez que vinisteis a la playa iliaca;  
sangre, al querer volver, y griega vida  
los habrá de aplacar.» Llegada a orejas  
del vulgo aquella voz, heló las almas,  
y frío por lo interno de los huesos  
corrió un temblor: de quién se acuerda el Hado,  
a quién reclama Apolo. Al vate, entonces,  
Calcas, con gran tumulto, el itacense  
le hace salir en medio; le insta aclarar  
qué son esos oráculos del Numen.  
Y para mí ya muchos el suplicio  
cruel que el intrigante preparaba  
anuncian, y en silencio ven las cosas  
que han de venir. Dos veces cinco días  
pasó en mudez aquél. Disimulado,  
rehusa con su voz mentar a nadie  
y lanzarlo a la muerte. Al fin, con pena,  
cohibido y acosado por los gritos  
del itacense grandes, a hablar rompe,  
y conforme al convenio, me destina  
al ara. Asienten todos; y los males,  
que para sí temía cada uno,  
de un solo desgraciado en el suplicio  
toleraron cambiar. Y ya aquel día  
presente estaba horrendo: ceremonias  
sacras dispuestas para mí; y salada

## CAIDA DE TROYA

mola, y alrededor de sienes, vendas...  
Me evadí, lo confieso, de la muerte;  
ligaduras rompí; de cenagoso  
lago, entre sombras de la noche, en ovas  
me escondí, mientras diéranse a la vela,  
si se hubieren de dar. Y ya ninguna  
esperanza de ver mi antigua patria,  
mis dulces hijos, mi adorado padre,  
que acaso estén pagando con su vida  
la culpa de mi fuga. Por lo tanto,  
por los dioses del cielo y todo numen  
consciente de verdad, y por aquella  
(si alguna existe y queda todavía  
entre mortales en alguna parte)  
inmaculada fe, señor, te ruego  
que te apiades de fatigas tantas,  
que te duelas de un alma que soporta  
lo inmerecido.» Vida, ante aquel llanto,  
le concedemos, y piedad sincera.  
Príamo mismo se adelanta a todos,  
esposas y cordeles prietos manda  
quitar, y estas palabras amistosas  
pronuncia:—«Seas quien fueres, desde hoy mismo  
olvídate de los ausentes griegos;  
nuestro serás; mas sin mentir, explica  
las cosas, te lo ruego: ¿a qué esta mole  
de jaco enorme erigen? ¿quién lo hizo?  
¿a qué lo aplican? ¿a qué culto? ¿es arma  
de guerra o qué?» Así dijo. Y él, en dolos  
hábil y arte pelasga, alzó las manos,  
libres ya del cordel, a las estrellas:  
—«A vos, eternas luces, y a ese numen

vuestro inviolable, llamo a testimonio  
—dijo—; a vos, aras, y nefanda espada  
que evité, sacras vendas que, cual hostia,  
en la sien tuve; lícito me sea  
sagrados juramentos que hice a griegos  
desatar, séame lícito el odiarlos  
y poner a la luz sus cosas todas,  
si es que algo ocultan; no me imparten leyes  
de mi país, con tal que tú, rey, firme  
en tus promesas quedes; y tú Troya,  
salvada, guardes fe, si verdad digo,  
si ventajas inmensas doy en trueco!  
Toda esperanza griega y garantía  
de éxito de la guerra comenzada,  
con el favor de Palas, se mantuvo  
siempre en pie; pero desde que el impío  
nacido de Tideo, y el malvado  
preparador de crímenes Ulises,  
el fatal Paladión al sacro templo  
se acercan a arrancar, y los custodios  
matan de la alta Acrópolis, y roban  
la sacra efigie, y con las manos, tintas  
en sangre, se atrevieron de la diosa  
a profanar las vendas virginales;  
desde aquello, rodó y, hacia atrás vuelta,  
resbaló la esperanza de los Dánaos,  
rotas sus fuerzas, hecha hostil a ellos  
de la diosa la mente. Ni con signos  
dudosos dió Tritonia de ello muestras.  
Apenas puesto el simulacro en campo  
griego, coruscan llamas en sus ojos  
rígidos, y de sales por sus miembros

## CAIDA DE TROYA

un sudor va, y tres veces de la tierra  
(admirable prodigio) saltó, adarga  
llevando en alto y lanza sacudiendo.  
Al punto canta Calcas que se intente  
la fuga por el mar, que no es posible  
Pérgamo destruir con armas de Argos,  
si a él no se torna a demandar augurios  
y a devolverle el numen que consigo  
trajeron por el mar en curvas quillas.  
Y ahora, en Micenas ya, merced al viento,  
nuevas armas preparan, nuevos dioses  
custodios, y los mares recorridos  
segunda vez, se mostrarán de pronto.  
Así explicó su vaticinio Calcas.  
Esta, en vez del Paladion, advertidos,  
efigie labran al herido numen  
en expiación del sacrilegio triste.  
Esta Calcas, en fin, inmensa mole,  
hecha con robles acoplados, quiso  
alzar, y conducirla hasta los cielos  
mandó. Para que así bajo las puertas  
no pudiera pasar, ni ser llevada  
intramuros, ni pueda a vuestro pueblo  
bajo el manto amparar del viejo rito.  
Porque si mano vuestra el don violase  
de Minerva, catástrofe terrible  
(y que los dioses antes el augurio  
contra Calcas conviertan) sobre el reino  
de Príamo y los Frigios se cebara.  
Mas si, por manos vuestras ascendiese  
a la urbe vuestra, por su propio impulso,  
Asia, con grande guerra, a las murallas

Pelopeas irá, y a nuestros nietos  
aguardarán rigores de los Hados.»  
Y con tales insidias y las artes  
del perjuro Sinón, creyeron todo,  
y con dolos y lágrimas forzadas  
en la trampa cayeron, los que el hijo  
de Tideo, ni Aquiles de Larisa,  
ni diez años domaron, ni mil naves.

### III

#### LAOCOONTE

**E**STA otra cosa más les sale al paso,  
¡Infelices! Es mucho más tremenda,  
y los incautos corazones turba.  
Designado Laocoonte, por sorteo,  
para officiar delante de Neptuno,  
junto a solemnes aras toro ingente  
sacrificaba. Pero ved de pronto,  
gemelos, por la mansa superficie  
(me horrorizo al contarlo) dos dragones  
de Ténedos venir, que el mar cabalgan,  
y hacia la playa emparejados tienden.  
Los pechos de ambos yérguense entre olas,  
y las sangrientas crines sobresalen  
de las ondas; el resto por el ponto  
sigue detrás, retuércese en inmensas  
espirales de torsos. Y un sonido  
surge ya de las sales espumantes.  
Y ya las costas tocan, con los ojos  
encendidos en sangre y fuego, y bocas  
sibilantes relámense con lenguas  
vibrátiles. Dispérsanos exangües  
su vista. Y a Laocoonte se dirigen





## CAIDA DE TROYA

juntos sin vacilar. Mas los menudos  
cuerpos de los dos hijos una y otra  
sierpe abrazando antes, los estrujan,  
y sus míseros miembros, a mordiscos,  
tragan. Después al padre, que al socorro  
acude y dardos lleva, lo arrebatan  
ambas, y en férreos círculos lo anudan;  
y doble cinturón y dogal doble  
haciendo en torno de él, con sus cabezas  
y sus altas cervices sobresalen.

El, en tanto, pretende con las manos  
los nudos desatar, llenas de podre  
las ínfulas, y negra sangre; gritos  
—en tanto—horrendos a los astros lanza,  
cual mugidos de toro herido que huye  
del ara, y la segur sacude inhábil  
que no acertó a matarle. Y los gemelos  
dragones reptan a las aras sumas  
en busca del alcázar de la airada  
Tritonia, y a las plantas de Minerva,  
tras su cóncavo escudo se guarecen.

#### IV

##### ENTRADA DEL CABALLO EN TROYA

**E**NTONCES sí que en los medrosos pechos  
de todos pavor nuevo se insinúa;  
que un suplicio ha sufrido merecido  
Laocoonte se propala; porque al sacro  
roble con férrea punta herido había,  
e impía lanza disparado al lomo.  
Que el simulacro aquel llevarse debe  
al templo, y que se debe orar al numen  
de la diosa, el concurso clama a gritos.  
Un trozo de muralla viene al suelo,  
y abierta queda la ciudad. Se aplican  
a la tarea todos, y colocan  
una base de ruedas a la efigie,  
y atan al cuello de la fiera cables.  
La máquina fatal, preñada de armas,  
va adelantando hacia los muros. Niños  
y virginales jóvenes en torno  
himnos sagrados cantan, con sus manos  
tirando alegres de las cuerdas. Sube  
la mole aquella, y de la plaza en medio  
se cuela amenazante. ¡Oh patria! ¡Oh casa  
Ilión de dioses e ínclitas en guerra

## CAIDA DE TROYA

de los Dárdanos torres! Cuatro veces  
ante la misma brecha se detuvo,  
y en el vientre las armas otras cuatro  
dieron estruendo. Inútil fué. Insistimos  
inconscientes y ciegos de locura,  
y el monstruo pernicioso ante el sagrado  
templo paramos. Y también entonces  
con augurios de males venideros  
su boca abrió Casandra, por mandato  
de un dios siempre de Teucros no créda.  
Y nosotros los templos de los dioses,  
¡miseros de nosotros, para quienes  
era último aquel día!, coronamos  
por toda la ciudad de alegres frondas.  
Gira el cielo entretanto, y va la noche  
cayendo sobre el mar, y en sombra magna  
la tierra, el polo y la perfidia envuelve  
de Mirmidones: yacen por los muros  
en silencio los Teucros, y a sus carnes  
cansadas el sopor grave se abraza.  
Y ya argiva falange, en fuerte flota,  
de Ténedos venía entre silencios  
protectores de oculta luna, playas  
conocidas buscando; y cuando luces  
la nave regia levantó en la popa,  
de Hado inicuo de dioses defendido,  
a los Dánaos reclusos en el vientre,  
a hurto, puertas de pino Sinón abre.  
De par en par el jaco, da a las auras  
cautivos; y del hueco roble, alegres,  
salen Tesandro, Esténelo, caudillos,  
y el fiero Ulises, por largada cuerda

deslizados, y siguen Acamante,  
y Toante, y el nieto de Peleo  
Neoptólemo, y el de Esculapio hijo  
primero Macaón, y Menelao,  
y el mismo Epeo ejecutor del dolo.  
Invaden la ciudad en vino y sueño  
sepulta; matan centinelas; abren  
las puertas todas; cómplices reciben,  
y las falanges conocidas juntan.

## HÉCTOR SE APARECE EN SUEÑOS

**E**RA la hora en que el primer reposo  
 embarga del cansancio a los mortales  
 y como don de dioses se insinúa  
 gratisimo. Y he aquí que, en sueños, Héctor  
 tristísimo visible ante mis ojos  
 se muestra, y que derrama largo llanto,  
 arrastrado por bestias, como un día,  
 negro de sangre y polvo, y con amarras  
 que los pies tumefactos le atraviesan.  
 ¡Ay de mí! ¡cómo estabal! ¡cuán mudado  
 de aquel Héctor que vuelve revestido  
 de despojos de Aquiles o dispara  
 fuegos frigos de Dánaos a las popas!  
 Sucia la barba, y en cuajada sangre  
 hecha pella la crin, y aquellas llagas  
 mostrando abiertas que ante patrios muros  
 recibió tantas veces. Sollozando  
 también yo mismo de verdad, creía  
 reprender al varón, y en tristes voces  
 así decirle:— «Oh luz de la Dardania,  
 oh esperanza firmísima de Teucros,  
 ¿qué te retuvo tanto? ¿de qué orillas,

Héctor ansiado, vienes, que tras muchas  
 muertes de tuyos, tras fatigas grandes  
 de hombres y urbe, rendido yo, te veo?  
 ¿Qué indigna causa tu semblante noble  
 manchó? ¿por qué te veo esas heridas?»  
 El, nada: no entretuvo en cosas vanas  
 a este importuno implorador; mas, grave,  
 hondo gemido dando de su pecho:  
 «—Ay, huye, hijo de diosa, de estas llamas,  
 dijo, sálvate tú; ya ocupa muros  
 el enemigo; de su excelsa cumbre  
 rueda Troya. Bastante a patria y Príamo  
 hemos dado. Si a Pérgano una diestra  
 pudiese defender, también sería  
 por la mía amparada. Vasos sacros  
 y Penates a ti confia Troya:  
 cógelos, de los Hados compañeros;  
 para ellos busca muros, que muy grandes  
 alzarás tras de haber vagado en ponto.»  
 Así dice: y las ínfulas, y a Vesta  
 poderosa de lo hondo del sagrario  
 saca, y los fuegos que continuos arden.  
 Con luto vario, en tanto, se perturban  
 las fortalezas; más y más los ruidos  
 (aunque secreta de mi padre Anquises  
 la casa y por los árboles oculta  
 lejana está) vanse aclarando, y se echa  
 encima de la misma horror de armas.  
 Me echa al suelo mi ensueño, y a la torre  
 que más del techo se alza, en mi subida  
 supero, y con orejas tiesas, quedo  
 como al ver en la mies la llama aliada

## CAIDA DE TROYA

a los Austros en furia, o un torrente  
raudo de río montañés que arrolla  
campos, arrolla las lozanas siembras  
y de bueyes labores, y empujadas  
arrastra selvas, queda estupefacto,  
sin darse razón de ello, recibiendo  
el fiero estruendo desde la alta cima  
del monte, algún pastor. Ah, sólo entonces  
clara se ve la mala fe, y se abren  
a toda luz insidias de los Dánaos.

BIBLIOTECA  
INSTITUTO PROVINCIAL  
SORIA

## VI

## LA LUCHA EN LAS CALLES

**Y**A de Deifobo la amplia casa en ruina,  
Vulcano la supera; ya arde cerca  
Ucalegón; y los Sigeos brazos  
anchos de mar a su fulgor relucen.  
Se alza clamor de hombres, de clarines  
són. Demente armas cojo, sin que sepa  
bien para qué; mas por sumar mi mano  
a la guerra, y correr hacia el alcázar  
real con mis compañeros, mi alma arde.  
Ira y furor mi mente precipitan,  
y lo sublime de una muerte en lucha  
surge ante mí. Mas ved, de los Aquivos  
dardos, Panto escapado; Panto Otriade,  
de Apolo sacerdote y de su templo.  
Vasos sacros en mano y humillados  
Dioses, y un tierno nieto el mismo arrastra,  
y en su carrera, loco, a playas tiende.  
«—¿Adónde vas con lo más grande, Panto?  
¿A qué templo acogernos?» Le hube apenas  
hablado así, cuando gimiendo dice:  
—«Llegó el supremo día; llegó el trance  
inevitable de Dardania; fuimos

## CAIDA DE TROYA

los troyanos; fué Ilión; la inmensa gloria  
de los Teucros fenece; fiero Jove  
a Argos todo ello transfirió. Incendiada  
nuestra ciudad, los griegos la dominan.  
Erguida la cerviz, firme entre muros,  
gente con armas el caballo vierte,  
y vencedor Sinón derrama incendios  
insultante. Están unos, ante puertas  
de par en par, presentes (cuantos miles  
jamás vinieron de Micenas magna);  
otros asedian con contrarios dardos  
lo estrecho de las vías. Está ferrea  
la espada de hoja coruscante, en puño  
prieta para matar; apenas si alguien,  
guardián de puertas, intentó la lucha,  
ni resistir a Marte entre las sombras.»  
Ante estas frases del Otriade, un numen  
de dios me impulsa al fuego y a las armas;  
adonde triste Furia, adonde estruendos  
llaman, y gritos álzanse a los astros.  
Se me juntan Rifeo, y el curtido  
Epito en armas; muéstrame la luna  
a Hipanis y Dimante, que se ponen  
al lado nuestro, con Corebo, el mozo  
de Migdón hijo. Por aquellos días  
quiso la suerte que viniera a Troya  
en loco amor ardiendo por Casandra,  
y como yerno, a Príamo socorros  
y a los Frigios traía. ¡Desdichado  
que de novia inspirada los augurios  
no oyó! Cuando, apretados, al combate  
los vi atreverse, exclamo encima de ellos:

—«Jóvenes, almas por desdicha fuertes,  
si en vosotros hay ansia decidida  
de imitar a quien osa lo seguro  
(ya veis qué suerte espera a nuestras cosas;  
se han separado todos de santuarios  
y aras abandonadas, esos dioses  
por los que el reino se mantuvo firme;  
sólo cenizas socorréis), muramos  
y rodemos en medio de las armas.  
Sólo salva a vencidos, salvaciones  
ningunas esperar.» Así a los pechos  
jóvenes añadí loco entusiasmo.  
De allí en la negra niebla, cual rapaces  
lobos, a los que ciegos echó fuera  
rablosa ansia del vientre, y sus cachorros  
abandonados en la cueva aguardan  
con fauces secas, fuimos entre dardos,  
entre enemigos, a segura muerte,  
y nuestro paso en medio detuvimos  
de la urbe. Noche triste con su hueca  
sombra vuela en redor. ¿Quién el desastre  
de aquella noche, quién la total ruina  
hablando explicará, podrá con llantos  
igualar sus fatigas? Pueblo antiguo  
rueda, dominador por años muchos:  
y a miles por las vías se amontonan,  
sin regla, inertes cuerpos, y por casas,  
y en sagrados umbrales de los dioses.  
Y no sólo los Teucros pagan culpas  
con sangre: que también en los vencidos  
vuelve el valor al corazón, y a veces  
caen Dánaos vencedores. Doquier luto

## CAIDA DE TROYA

cruel, doquier pavor, y repetida  
mucho la imagen de la muerte. Pronto  
de Dánaos con gran cohorte se presenta  
a nosotros Andrógeo, que ignorante  
nos toma por amigos, y espontáneo  
nos increpa con frases cariñosas:  
—«Hombres, apresuraos. ¿Qué pereza  
tan pesada os detiene? Dejáis que otros  
a Pérgamo el incendio y el saqueo  
lleven, mientras vosotros de altas naves  
ahora salís?» Nos dijo. Pero al punto,  
y al no tener leal respuesta, en medio  
se sintió deslizado de enemigos.  
Pasmóse, y atrás pie con voz detuvo.  
Igual al que en malezas pisó sierpe  
imprevista, al golpear sobre la tierra,  
y tembloroso de repente rehuye  
a la que se alza en iras y a la que hincha  
cerúleo cuello. No distinto, Andrógeo,  
todo temblores, escurrirse quiere.  
Les entramos con ímpetu, de densas  
armas les rodeamos, y en desorden,  
e ignaros del lugar, ellos cogidos,  
y del pánico presos, los tumbamos  
por tierra. La fortuna nos ayuda  
en la primer labor. Con el triunfo  
engreído, y con ánimos Corebo  
entonces. «Compañeros—dijo—, adonde  
esta primera suerte nos señala  
camino de salud, adonde amiga  
la fortuna se muestra, continuemos.  
Troquemos los escudos, y de Dánaos

colguémonos insignias. ¿Quién repara  
en astucia o valor contra enemigos?  
Armas nos darán éstos.» Así hablando,  
con el casco de crin de Andrógeo se arma  
y su brillante escudo, y acomoda  
la espada argiva al cinto. Y esto mismo  
Rifeo, igual Dimante, y así todos,  
alegres, los troyanos mozos hacen.  
De despojos recientes se atavía  
cada cual. Caminábamos mezclados  
con Dánaos, sin ayuda de los dioses;  
muchos combates, por la noche ciega,  
libramos juntos; muchos de los Dánaos  
enviamos al Orco. Huyendo unos  
dispersos a las naves, buscan playas  
que los amporen en su fuga; y otra  
parte, con miedo vergonzoso, busca  
al caballo otra vez enorme, y trepa,  
y halla refugio en conocido vientre.

## VII

### DEFENSA DE CASANDRA

**A**y, no se puede confiar en nada  
con los dioses adversos! Ved que traen  
por la esparcida crin Priameya virgen;  
Casandra, que arrancada del sagrario  
y el templo de Minerva, al cielo tiende  
en vano sofocados ojos: ojos,  
porque a sus tiernas palmas contenían  
las ligaduras. Soportar el cuadro  
no es posible a Corebo enfurecido,  
y se arrojó del pelotón en medio,  
dispuesto a perecer. Y detrás todos  
fuimos también contra las armas densas.  
Pero, ah, que de aquel templo y de su altura  
dardos nos acribillan de los nuestros,  
y empieza una misérrima matanza,  
debida a los arreos que vestimos  
y al trueque aquél con las cimeras griegas.  
Los Dánaos, llenos de dolor y de ira,  
por recobrar la virgen, recogidos  
de todas partes, nos invaden; Ajax  
el áspero, y los dos Atridas; todo  
el ejército Dólope. Igual vientos  
contrarios en turbión roto confluyen,  
y el Céfiro, y el Noto, y Euro ufano

de orientales caballos; mugen selvas  
y espumoso castiga con tridente,  
y desde el fondo de la mar Nereo  
va removiendo líquidas llanuras.  
Y esos también a los que, en negra noche,  
barrimos en la sombra con insidias,  
y cazamos por la urbe toda, vienen;  
y ellos escudos y falaces armas  
pronto conocen, y señalan bocas  
que discrepan de acento. Y ya, aplastados  
del número, caímos. Y el primero  
Corebo, de Penéleo por la diestra,  
ante ara de la diosa armipotente  
derribado murió; cayó asimismo  
Rifeo, aquel varón que fué el más justo  
de los Teucros; aquél el más amante  
de la equidad. Los dioses lo juzgaron  
de otra manera. Allí también perecen  
Hipanis y Dimante por heridas  
de compañeros. Ni a ti, Panto, sirve  
tu gran piedad a sostenerte, y caes;  
ni la ínfula de Apolo te protege.  
Oh cenizas de Ilión, y última llama  
de los míos, yo juro, en vuestro ocaso,  
que ni dardos ni golpes de los griegos  
evité, y si mi sino hubiera sido  
que yo cayera, lo buscó mi mano.  
Escapamos de allí: Ífito y Pelias  
conmigo: de ellos viejo y achacoso  
Ífito ya; y herido por Ulises,  
inútil Pelias. Luego a las mansiones  
de Príamo un clamor nos llama, y vamos.

## VIII

### SITIO DEL PALACIO REAL Y MUERTE DE PRÍAMO

**A**quí en verdad ingente pugna, como  
si nunca hubiere habido lucha, y nadie  
en toda la ciudad se hubiera hallado.  
Marte indómito así, Dánaos a techos  
precipitarse vimos, los umbrales  
asediados, formada la testudo.  
Se pegan a los muros las escalas;  
junto a las jambas mismas, escalones  
se huellan, y broqueles contra dardos  
manos zurdas oponen, y se agarran  
techos con diestras. Pero enfrente vimos  
Dardánidas las torres y las tejas  
de techos arrancando y derribando;  
con estas armas, cuando ven ya el trance  
final, la muerte cerca, su defensa  
preparan, y áureas traveses y elevados  
adornos de antiquísimos abuelos  
volteando tiran. Otros, hierro en puño,  
bajas puertas obstruyen, las defienden  
en apretados haces. Restaurados  
mis ánimos, del rey socorrer techos,  
y con auxilio levantar varones,

y mis fuerzas sumar a los vencidos,  
resuelvo. Umbral había y unas puertas  
secretas, paso abierto entre mansiones,  
jambas abandonadas, a la espalda  
del palacio de Príamo. Por ellas  
mientras el reino estuvo en pie, solía  
Andrómaca infeliz ir muchas veces  
sin séquito a sus suegros, y al abuelo  
el pequeñuelo Astiánax le llevaba.  
Subo a la altura de la suma cumbre,  
donde con mano dardos impotentes  
lanzan míseros Teucros. Allí hay torre  
en pie delante de un abismo, y alta  
que parece guiar hasta los astros;  
desde ella toda Troya se veía,  
y de los Dánaos conocidas naves  
y Acayos campamentos. La batimos  
con hierro en torno, por donde la altiva  
tablazón da ruinosas las juntas,  
y la arrancamos de su excelso asiento,  
la derribamos. Resbalada, pronta  
ruina produce estrepitosa, y sobre  
las falanges de Dánaos, en gran trecho  
se precipita. Pero acuden otros:  
y ni piedras ni dardos de las clases  
todas, cesan en tanto. Ya ante el mismo  
vestíbulo y en término primero,  
Pirro se engríe coruscante en armas  
y en reflejos de bronces. Como cuando  
a luz culebra, de malignas hierbas  
nutrida, y bajo el suelo frío hinchada,  
la invernada cubrió, sale; y ahora,

## CAIDA DE TROYA

depuesta la camisa, reluciente  
de nueva juventud, lúbricos torsos  
revuelve con erguido pecho, y mira  
desafiadora al sol, y vibra en tanto  
en sus fauces la lengua de tres puntas.  
Y a una con él, Perifas corpulento,  
y el escudero Automedonte, auriga  
de Aquiles, y también la esciría toda  
juventud, al palacio se abalanzan,  
y hacen llegar las llamas a los techos.  
Pirro, entre los primeros, hacha empuña  
de dos filos, y rompe los umbrales  
duros en mil pedazos; de sus quicios  
arranca los bronceos espigones:  
y el dintel derribado, ya las firmes  
hojas de roble sin sostén, descubren  
una inmensa abertura, una ancha boca.  
El interior de la mansión se muestra;  
sus largos atrios e íntimas estancias  
de Príamo se ven y viejos reyes.  
Hay gente armada en los primeros tramos.  
Dentro, gritos, tumulto lamentable,  
y en lo alto de las bóvedas ululan  
lamentos de mujeres: sus clamores  
hieren los astros relucientes de oro.  
De un lado a otro madres temblorosas  
bajo los altos techos se detienen  
ante cada columna, y las abrazan,  
y las llenan de besos. Con el brío  
paterno, ataca Pirro, y a su empuje,  
nada valen ni claustros ni custodios.  
Continuo ariete, puertas bambolea,

y hacer saltar las hojas de los quicios.  
Abre paso la fuerza, rompe entradas,  
despedazan los Dánaos invasores  
a quien tropiezan, y el lugar ocupan,  
repleto, de soldados. No tan raudo,  
rotos sus diques, espumoso río  
salta y derriba las opuestas moles  
en remolino, huella los sembrados,  
crece iracundo, y por el campo todo,  
con los establos, el ganado empuja.  
Vi yo mismo cebarse en la matanza,  
en el umbral, a Pirro y los Atridas;  
a Hécuba y sus cien hijas vi, y a Príamo,  
que manchaba en las aras con su sangre  
fuegos que él mismo consagró. Cincuenta  
tálamos, esperanza tan fundada  
de nietos, y soberbias sus columnas  
de oro, despojo a bárbaros cogido,  
se derrumbaron ya. Los Dánaos tienen  
lo que el fuego respeta. Acaso quieras  
saber qué fué de Príamo. La urbe  
viendo tomada, y viendo los umbrales  
de su casa arrancados, y enemigos  
en el sagrado de su hogar, con armas  
en ocio largo tiempo, el viejo, hombros  
tremantes por edad circunda en vano,  
e inútil hierro ciñe, y va a la muerte  
contra apretados enemigos. Se alza  
en medio del palacio bajo el cielo  
descubierto un altar inmenso, y cubre  
un laurel antiquísimo las aras,  
y envuelve con su sombra los Penates.

## CAIDA DE TROYA

Hécuba allí y sus hijas, no útilmente,  
en torno a los altares, cual palomas  
por negra tempestad amedrentadas,  
unidas, y abrazadas a los Dioses,  
se han sentado. Y a Príamo, su esposa,  
cuando vistiendo juveniles armas  
lo vió, — «¿Qué cruel proyecto, pobre esposo,  
te ha impulsado a ceñir esa armadura?  
¿Adónde ruedas?—dijo—. Auxilios tales,  
ni defensor así, reclama el tiempo;  
mi mismo Héctor ahora nada hiciera.  
Ven con nosotras; las sagradas aras  
nos guardarán a todos, o bien juntos  
moriremos aquí.» Y esto diciendo,  
hacia sí lo llevó, y en sacra sede  
al longevo dió asiento. Pero entonces,  
escapado de Pirro a la matanza,  
un nacido de Príamo, Polites,  
por entre dardos y enemigos huye  
a los pórticos largos, y con ansia  
los solitarios atrios busca herido.  
Colérico, con arma perniciosa,  
Pirro lo sigue, y ya ya con la mano  
lo sujeta, y lo oprime con la lanza.  
Y, en fin, el hijo ante sus padres viene  
a parar, y allí mismo, ante sus ojos,  
cayó rendido, y con la mucha sangre  
la vida derramó. Príamo, ante esto,  
aun cuando muerto, más que vivo, estaba,  
no pudo resistir, y voces e ira  
no perdonó, sino que — «A ti, por crimen  
tal—exclamaba—, y por audacias tales,

los Dioses, si piedad queda en el Cielo  
 que cuide de estas cosas, gracias dignas  
 dente y debido premio. Tú de mi hijo,  
 sin piedad, presenciar me hiciste muerte,  
 tú has manchado mi cara con su sangre.  
 Tú mientes: no eres hijo tú de Aquiles;  
 que él no fué así con su enemigo; él tuvo  
 piedad para el dolor; y exangüe el cuerpo  
 de Héctor me devolvió para el sepulcro,  
 y me dejó volverme a mis estados.»  
 Así el anciano habló. Y un dardo débil,  
 sin fuerza, lanza, que chocó en el bronce  
 sonoro del escudo, y vanamente  
 suspendido quedó del mismo centro.  
 Y Pirro le contesta: «—Vé el mensaje  
 a llevar a mi padre. No te olvides  
 de contar al nacido de Peleo  
 mis infames acciones; que su amado  
 Neoptólemo es afrenta de su raza.  
 Ahora, muere.» Esto dice, y a las mismas  
 aras trae al que tiembla, y en el charco  
 de sangre de su hijo se resbala;  
 coge, con mano izquierda, sus cabellos,  
 y sacando, con diestra, coruscante  
 la espada, en el costado se la hunde  
 hasta la empuñadura. Tal fin tuvo  
 el destino de Príamo. Tal muerte  
 arrebató, después que presenciara  
 la destrucción de Pérgamo y su incendio,  
 a aquel soberbio rey que tuvo un día  
 a su imperio sujeta el Asia toda.  
 Yace ingente en la orilla un tronco; lejos

## CAIDA DE TROYA

del tronco una cabeza. Y eso queda  
de Príamo no más: cuerpo sin nombre.  
Ya, por primera vez, a mí invencible  
terror me acometió; ya, anonadado,  
vi de mi caro genitor la imagen,  
cuando, al de igual edad, rey, con herida  
cruel, le vi exhalar vida y aliento.  
Vi abandonada a Creusa, saqueada  
mi casa, el riesgo de mi tierno Yulo.  
Miro a mi alrededor, a ver qué huestes  
quedan en torno a mí. Me abandonaron  
aniquilados todos, y los cuerpos  
han lanzado, de un salto, de la torre,  
o han arrojado al fuego malheridos.  
Yo ya en tan alto grado solo estaba,  
cuando umbrales de Vesta registrando,  
y oculta y muda en apartado asiento,  
la Tindárida miro. Dan las vivas  
llamas luz al errante, y al que tiende  
por uno y otro lado inquietos ojos.  
Helena, contra sí, de los maltrechos  
Teucros, por Pérgamo assolada, y penas  
de Dánaos, y del cónyuge ofendido  
iras previendo con temor, de Troya  
y patria común furia, desviado  
se había, y ocultándose, en las aras  
se sentaba. Fuego arde en mi cabeza;  
sugiere la ira que a mi patria en ruinas  
la vengue yo, que tome a mi cuidado  
la pena de aquel crimen. ¿Es posible  
que esta mujer, incólume, su Esparta  
y su patria Micenas mire, y torne|

en triunfo, como reina, merecido?  
 ¿Que esposo, padres, casa e hijos vea,  
 de doncellas de Ilión y esclavas frigias  
 escoltada? ¡Y fué muerto a hierro Príamo!  
 ¡Y Troya ardió en el fuego! ¡Y tanta sangre  
 de Frigios empapó la playa iliaca!  
 No ha de ser. Porque si honra no hay ninguna  
 en castigar mujeres, ni vencerlas  
 merece honor, no obstante aplastar monstruos  
 es laudable, y las penas merecidas  
 se deben aplicar. Y haber saciado  
 el ansia agrada de vengadora  
 llama, y regocijado de los míos  
 cenizas. > Estas cosas yo pensaba,  
 y me arrastraba mente enfurecida,  
 cuando a mí, no tan clara ante los ojos  
 nunca, dejóse ver, y en plena noche,  
 con pura luz, resplandeció bendita  
 mi madre, manifiesta diosa, como  
 ser vista de los dioses en el Cielo  
 suele, y tan grande. Y preso con su diestra  
 contúvome, y así con su rosada  
 boca me habló después: «—Hijo, ¿qué sufres  
 para excitar tan indomables iras?  
 ¿por qué esa furia? ¿a qué lugar se ha ido  
 tu recuerdo de mí? ¿no miras antes  
 dónde, cansado por la edad, a Anquises,  
 tu padre, abandonaste? ¿acaso Creusa  
 tu cónyuge subsiste y tu hijo Ascanio?  
 En torno a todos ellos griegas huestes  
 vienen y van; y si el amparo mío  
 no los cubriese, consumidos fueran

## CAIDA DE TROYA

por llamas ya, y el enemigo acero  
los hubiera gozado. No la odiada  
beldad de la Tindárida Laconia,  
ni Paris criminal; rigor de dioses,  
¡de dioses! ha volcado estas riquezas,  
y ha derribado a Troya de su altura.  
Mira (porque ahora a ti toda la nube  
que tu vista mortal en torno embota  
y húmeda tus miradas obscurece  
voy a arrancar): ningún mandato temas  
de tu madre seguir; no sujetarte  
a preceptos rehuses; aquí donde  
moles dispersas, piedras arrancadas  
de piedras ves, y con mezclado polvo  
humo ondear, está Neptuno muros  
y, con magno tridente, removidos  
cimientos golpeando, y derribando  
entera la ciudad de sus asientos.  
Aquí Juno cruelísima de puertas  
Esceas se apodera, y al adicto  
ejército, furiosa, de las naves,  
y de hierro ceñida, llama. Sumos  
alcázares Tritonia Palas (¡mira!)  
hollandando está, con nimbo refulgente  
y Gorgona cruel. Su mismo Padre  
a los Dánaos vigor y fuerzas aptas  
infunde; él mismo a dioses sobrexcita  
contra las armas Dárdanas. La fuga,  
hijo, emprende, y el fin a tus tareas  
pon. Nunca te abandono. A ti, seguro,  
te he de poner en los umbrales patrios.»  
Dijo: y en las espesas, de la noche,

sombras, se recató. Se me aparecen,  
espantosas imágenes, las caras  
de los dioses, airadas contra Troya.  
Entonces, en verdad, toda a mi vista  
Ilión apareció bañada en fuego,  
y desde lo más hondo, trastornada  
la Troya de Neptuno: como cuando  
en las altas montañas los colonos  
compiten en tumbar añoso roble  
serrado por el hierro, y con las hachas  
de dos filos, a golpes redoblados,  
lo hieren, y aún se yergue amenazante,  
y trémula su copa sacudida  
esparce su pomposa cabellera,  
hasta que las heridas, poco a poco,  
lo van venciendo, y su postrer gemido  
lanza al hallar su ruina en los collados.

## HUÍDA DE ENEAS CON SU FAMILIA

**D**ESCIENDO: un dios me lleva entre las llamas  
y entre enemigos. Me hacen lado flechas;  
llamas se apartan. Cuando ya a la sede  
paterna y al umbral de antiguos Lares  
llego, mi genitor, a quien a montes  
altos llevar ansiaba yo ante todo,  
y ante todo buscaba, se rebela  
a prolongar la vida, muerta Troya,  
y destierro a sufrir. «Vosotros—dijo—  
en quienes hierve juvenil la sangre,  
y en su vigor total están las fuerzas;  
vosotros, oh, precipitad la fuga.  
Si quisieran celícolas mi vida  
prolongar, conserváranme estas sedes.  
Sobrado fué una vez ver destrucciones  
y toma de ciudad (\*). Dadme por muerto,  
saludadme, y partid. A mano airada  
la muerte encontraré; que el enemigo  
se apiadará de mí, y estos despojos

---

(\*) Se refiere, según Heyne, a la expugnación de Troya por Hércules, a causa de la perfidia de Laomedonte.

buscará. ¿Y para qué, sepulcro? Ha tiempo de los dioses odiado, inútil vida prolongo; ha tiempo el padre de los dioses y de los hombres me sopló con auras de rayo, me tocó de fuego.» Tales cosas se empeña en recordar, y fijo permanece. Nosotros, de él enfrente, en lágrimas bañados, Creusa, Ascanio, la casa toda, no arruinar consigo todo, mi padre, no aceptar la mala suerte, que empuja, quiera, le rogamos. No cede, y a lo dicho, y a las mismas sillas, se pega. Y otra vez me arrojó al arma, y opto por morir, ¡ay triste! Porque ya ¿qué consejo, qué fortuna puedo esperar? «¿Acaso pensarías que puedo echar a andar, padre, y dejarte? ¿Tal inhumanidad de la paterna boca salió? Si nada de tan alta ciudad a los de arriba place quede, y esto persiste en su alma, y esta ruina de Troya, con la tuya y de los tuyos, completar les agrada, se abre puerta para morir así: ya del gran charco de la sangre de Príamo viniendo Pirro estará, que despedaza un hijo a la faz de su padre, y mata a un padre ante un altar. ¿Para esto, madre santa, a mí entre dardos, entre fuegos, robas; para que de mi hogar en lo sagrado al enemigo penetrar contemple; para que a Ascanio, y a mi padre y Creusa,

## CAIDA DE TROYA

uno en pos de otro, junto a aquél, en sangre  
mire inmolados? ¡Armas, coged armas,  
guerreros: ya nos llama a los vencidos  
la última luz. Volvedme con los Dánaos;  
dejadme que reanude los combates.  
Hoy venderemos caras nuestras vidas!»  
Ciño el hierro otra vez, la mano izquierda  
inserto en el escudo, y me lanzaba  
fuera de techos ya. Mas he aquí entonces:  
abrazada a mis pies, a los umbrales  
mi cónyuge adherida, me tendía  
mi tierno Yulo: «—Si a la muerte corres,  
contigo lleva nos (\*) a todas partes.  
Mas si alguna esperanza en armas pones,  
y en valor, esta casa lo primero  
hay que guardar. ¿A quién el tierno Yulo,  
a quién el padre, a quién la esposa, que era  
tuya otras veces, abandonas?» Tales  
voces lanzando, su gemido el techo  
todo llenaba. Mas de pronto empieza  
milagro incomprensible. Entre las manos  
y las cabezas de los tristes padres,  
leve ápice de luz vese que asoma  
de Yulo en lo más alto de la frente,  
y que lame, con blando movimiento,  
inocua llama su cabello, y pace  
en torno de la sien. Temblar nosotros

---

(\*) La acentuación del verso exige que el *nos* deje de ser enclítico. Es muy frecuente, además, en el lenguaje vulgar la acentuación de esta clase de pronombres, que descomponen la enclisis.

de miedo entonces, y la crin que ardía  
sacudir, y extinguir con agua el santo  
fuego, nosotros! Mas el padre Anquises  
ojos, alegre, al Cielo eleva, y tiende  
palmas y voz a las estrellas. «—Jove  
omnipotente, si oración alguna  
te apiada, mira nos; ¡esto tan sólo!  
Si gracia merecemos, presta auxilio,  
padre, después; confirma estos augurios!»  
A penas hubo dicho esto el anciano,  
y súbito fragor sonó a la izquierda;  
del cielo deslizada por las sombras  
una estrella, su cara conduciendo  
con mucha luz, corrió. Sobre las altas  
techumbres de la casa, resbalante,  
la vimos clara; se ocultó en los bosques  
del Ida, señalándonos camino.  
En el extenso curso de aquel astro  
queda un surco de luz, y en torno y lejos  
todo humea de azufre. Ya vencido  
mi genitor, levántase a las auras,  
y habla a los dioses, y la santa estrella  
adora. «—No hay obstáculo; ya os sigo,  
—dijo—, ya iré donde queráis llevarme.  
¡Oh dioses patrios, conservad mi casa,  
conservad a mi nieto. Ante este augurio  
vuestro me rindo, y abandono Troya  
a vuestro numen. Hijo, ya contigo,  
compañero, a partir más no me niego.»  
Dijo: y por muros ya más claros se oyen  
chasquidos; ya más cerca se propaga  
del incendio el volcán. «—Entonces, vamos,

## CAIDA DE TROYA

caro padre, a mi cuello monta. A hombros  
te aguantaré, y este trabajo nunca  
me pesará. Y ocurra lo que quiera,  
uno y común peligro, para ambos,  
sólo una salvación, habrá. El pequeño  
Yulo vendrá a mi vera, y a distancia  
mis huellas seguirá mi fiel esposa.  
A vosotros, criados, también algo  
he de decir: tenedlo bien presente.  
Hay, para los que salgan de la urbe,  
una colina y un vetusto templo  
de abandonada Ceres, y un antiguo  
ciprés al lado, que por años muchos  
la fe paterna conservó. A esta sede  
desde diversos puntos concurramos.  
Tú, padre, en mano coge sacras joyas  
y los Penates patrios. Yo, de lucha  
tanta venido, y de reciente sangre,  
no los puedo tocar, hasta que en agua  
me purifique.» Y esto dicho, sobre  
mis anchos hombros y cerviz, cubiertos  
de vello, me revisto la piel roja  
de un león, y me inclino, por mi carga.  
A la diestra se coge el tierno Yulo,  
que, no con paso igual, al padre sigue;  
detrás padece mi mujer. Buscamos  
los lugares oscuros. Y a mí, que antes  
ni la lluvia de dardos me importaba,  
ni masa del ejército enemigo,  
ahora el soplo me aterra de la brisa,  
todo ruido me excita y me suspende.  
Tiemblo por los que guío, y por mi carga.

XI

DESAPARICIÓN DE CREUSA

**Y** ya tocaba puertas, y evadido  
 creía haber todo camino, cuando  
 de pronto siento que en el aire se alza  
 ruido de pies frecuente: y entre sombras  
 mi genitor escudriñando: «—Hijo,  
 exclama, escapa, hijo, que se acercan.  
 Vivos escudos y brillantes bronces  
 distingo.» Desde entonces, no me explico  
 qué numen mal amigo, con espanto  
 nublada, arrebató mi inteligencia.  
 Porque trochas siguiendo en rauda curso,  
 de región conocida extraviado,  
 no sé, ay de mí, si arrebatada Creusa,  
 mi mujer, por un Hado miserable,  
 acaso se detuvo, erró camino,  
 o sentóse cansada; mas ni a nuestros  
 ojos después devuelta fué, ni antes  
 de robada, la cara para verla  
 volví, ni me acordé de Creusa cuando  
 a la colina de la antigua Ceres  
 y a la sede sagrada nos vinimos.  
 Aquí, reunidos todos finalmente,

## CAIDA DE TROYA

una sola faltó: una, entre tantos,  
ha defraudado al hijo y al esposo.  
¿A quién de los humanos y los dioses  
no acusé, loco, yo? ¿Qué en la asolada  
ciudad vi más cruel? Ascanio, Anquises  
mi padre y los Penates Teucros dejo  
confiados a mi gente, y los escondo  
en curvo valle. Yo la ciudad busco  
de nuevo, y ciño las fulgentes armas.  
Hay que volver a todas las fatigas,  
en toda Troya rebuscar; de nuevo  
la cabeza entregar a los peligros.  
Voy primero a los muros y a los arcos  
de las obscuras puertas, que atrás antes  
en mi huida dejara, y por las sombras  
de la noche amparado, retrocedo  
sobre mis propias huellas, que con ojos  
ávidos busco. Horror doquiera al alma,  
y hasta el mismo silencio aterra. Luego  
a mi casa, por si es que acaso, acaso  
la llevaron allí los pies. La habían  
atropellado Dánaos, que ocupaban  
todas sus dependencias. Al momento  
fuego voraz hasta las altas torres  
con el viento la envuelve. Sobresalen  
llamas; ruge el incendio en el espacio.  
Avanzo, y vuelvo a ver la ciudadela  
y el alcázar de Príamo. Y de Juno  
en los extensos pórticos, custodios  
selectos, Fénix y el cruel Ulises  
guardaban el botín. De todas partes  
allá troyanas joyas, de incendiados

templos robadas, mesas de los dioses,  
vasos de oro macizo, y vestiduras  
de cautivos, se lleva y se amontona.  
Niños y madres pávidas en largas  
filas están en torno. Osé, no obstante,  
voces lanzar entre la sombra; vías  
llené con mi clamor; desesperado,  
una vez y otra vez. ¡Creusa!, gimiendo  
inútilmente, repetí. De pronto,  
al que busca, y por medio de las casas  
ruge sin fin, un simulacro triste,  
sombra de Creusa misma, se aparece  
ante los ojos, y en mayor tamaño  
del conocido. Me espanté, de punta  
se puso mi cabello; las palabras  
pegáronse a mis fauces. Ella entonces  
así comenzó a hablar, y a darme alientos  
con sus palabras: «—¿Qué te induce tanto  
a ese insano dolor abandonarte,  
cónyuge dulce? No sucede nada,  
sin voluntad de dioses: permitido  
no te es llevar de aquí por compañera  
a Creusa; no lo quiere el que el excelso  
Olimpo rige. A ti destierro largo  
y anchos llanos del mar que surcar quedan,  
y a tierra Hesperia irás, en donde el Lidio  
Tiber, entre opulentas siembras, fluye,  
con curso suave. Allí cosas alegres,  
y reino, y regia cónyuge, parida  
para ti, encontrarás. Lágrimas seca  
por Creusa amada. Yo de Mirmidones  
palacios, ni de Dólopes soberbios,

## CAIDA DE TROYA

no veré, ni a servir Griegas matronas  
he de ir tampoco yo, Dárdana y nuera  
de la divina Venus. En las playas  
estas, la magna Madre de los Dioses  
me detiene. Adiós, pues; al hijo de ambos  
guarda tu amor. Estas palabras dichas,  
mis lágrimas, mil cosas que yo ansiaba  
decirle, abandonó, y en auras tenues  
se evaporó. Tres veces allí quise  
echar mis brazos de su cuello en torno.  
En vano fué; tres veces la oprimida  
imagen escapóse de mis manos,  
igual a viento leve, a alado sueño  
semejante. Así, en fin, a mis amigos  
volví a buscar al terminar la noche.

## PARTIDA DEFINITIVA DE ENEAS

**Y** aquí gran cantidad de gente nueva  
me admiro de encontrar; y son matronas,  
varones, juventud dispuesta a ir junta  
al destierro, infeliz vulgo. De todos  
lados concurren, de valor provistos  
y de riquezas, cualesquiera tierras  
a buscar por el mar, si yo los llevo.  
Ya del excelso Ida por las cumbres  
surgiendo Lucifer, guiaba al Día.  
Los Dánaos obstruyendo los umbrales  
de las puertas están; ya ni remota  
esperanza quedó de amparo alguno.  
Cedí, mi padre alcé, y eché hacia el monte.

BIBLIOTECA  
DEL  
INSTITUTO PROVINCIAL  
DE SORIA



## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
Trifodoro, Virgilio y el sitio de Troya (estudio preliminar) .....	5
La toma de Ilión, por Trifodoro.....	51
Caída de Troya (libro II de la Eneida).....	97



# BIBLIOTECA GRECOLATINA

---

## TOMOS PUBLICADOS

- I. Los Trabajos y Días de Hesíodo y el pequeño poema Afrodita y Anquises.
- II. Las Geórgicas de Virgilio y su continuación por Columela.
- III.—El Rapto de Helena, de Coluto; Hero y Leandro, de Museo; Las Pervigilias de Venus; Amor fugitivo, de Mosco; Atis, de Catulo; Cupido crucificado, de Ausonio.
- IV.—El poema de Trifodoro y el libro II de la Eneida.

## EN PREPARACION

- V.—La Farsalia, de Lucano.
- VI.—Lisistrata y otras comedias, de Aristófanes.

*Acabóse de imprimir este libro en  
el Establecimiento tipográfico  
«Nieto y Comp.<sup>a</sup>—Madrid,  
Tutor, 16, el día 24 de  
Diciembre de 1923.*

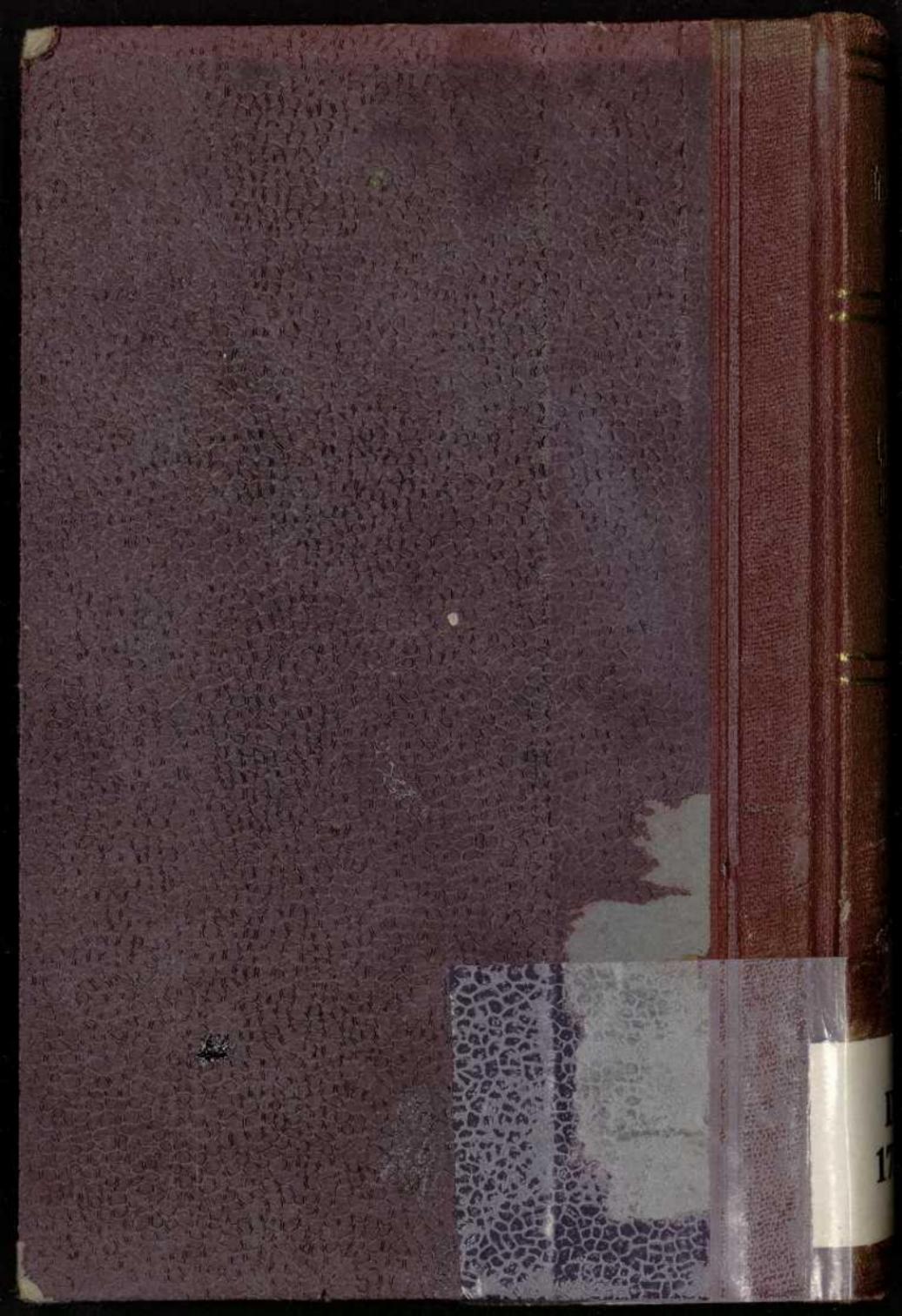
BIBLIOTECA  
INSTITUTO PROVINCIAL  
SORIA











Homeros

LA TOMA  
DE ILION

D-2

17587